







JT
COM

+1138814

C.

POR LEON

Biblioteca de Asuntos y Autores Leoneses

Los Tellos de Meneses

Y

Comedia de

LOPE DE VEGA CARPIO,

editada por

"EL DIARIO DE LEON"

para asociarse a la celebración

del centenario de su muerte



Año de 1935

PARA LEON

Los Tellos de Meneses

Compañía de

Los Tellos de Meneses

Compañía de

Los Tellos de Meneses

Compañía de

Los Tellos de Meneses

Los Tellos de Meneses

Los Tellos de Meneses



ESTANTE	_____
NÚMERO	_____

PROLOGO

En la selección de comedias de Lope, de Rivadeneira, aparecen dos sobre los Tellos de Meneses. Ambas están dedicadas a enaltecer y glorificar tan ilustre apellido. Esta primera parte fué impresa en la Parte XXI publicada por don Luis de Usátegui, yerno del poeta, en 1635, el mismo año de la muerte del Fénix. La segunda parte apareció en una edición suelta sin lugar ni año de impresión. Se ha dudado que esta segunda parte sea de Lope. Sin embargo, su estilo es plenamente lopesco.

La primera parte, que a continuación publicamos, es una comedia típica de Lope. Como en "Los Prados de León", se trata en ella de ensalzar el origen ilustre de una familia aristocrática. Y todo en ella se subordina a este fin. Por eso no interesa el conflicto humano de amor y celos que a lo largo de la obra se plantea; es sólo un episodio en el que no se ahonda y que queda sin resolver. No obstante, las escenas en que este conflicto asoma son quizá las más interesantes de la obra por su hondura psicológica y por su carácter humano universal y de siempre. Al final de la comedia donde los celos de Laura pedirían un desarrollo más amplio, el conflicto se esfuma y queda disuelto en el fin alegre y feliz que a Lope tanto agradaba. El optimismo de Lope no consiente cerrar una comedia con una impresión trágica que el mismo público rechazaría.

La verdadera protagonista es Elvira, la hija del rey Ordoño I, que huyendo de un matrimonio que su padre la propone, se refugia en las montañas de León en traje de aldeana. Verdadero tipo de mujer lopesca, fina, grácil, amorosa, que tiene cierto parecido con la moza del cántaro, sin su audaz apasionamiento y sin su travesura. Laura, la antagonista, amante y celosa, se apunta como una mujer de brio y pasión, pero pronto se apaga y diluye en el ambiente, blando y gris de toda la obra. Tello el mozo es el joven inquieto y apasionado, fácil al encanto de la belleza femenina, sin el empuje audaz y enérgico que tiene en la segunda parte; es un personaje de égloga, producto del ambiente campesino, a pesar de sus anhelos de grandeza y cortesanía. Y tello el

viejo es un tipo original y extraño de avaro pródigo, digno de una comedia de Molière; su psicología merece un estudio profundo que Lope no se ocupa de hacer y así pasa por la obra como un personaje paternal y protector, de conducta extraña y contradictoria. Todos estos tipos, apenas dibujados, a medias estilizaciones de farsas y a medias siluetas de cuento infantil, se mueven en una atmósfera idílica que, a pesar de todos los esfuerzos realistas del autor, permanecen idealizada con sus contornos difuminados en la lejanía del tiempo y del espacio. El color local no está logrado más que a medias. El ambiente es un ambiente montañés, pero de una montaña abstracta, de cualquier parte, no de León como el autor quisiera. Mejor logrado está el ambiente histórico, ideal también pero más auténtico, con la autenticidad de la leyenda y de la admirable intuición histórica de Lope.

El desarrollo es claro y la acción animada; la soltura del Fénix y la facilidad y espontaneidad de su estro son bien visibles en esta comedia, juntamente con una versificación brillante y un diálogo ajustado y natural que no falta en ninguna de sus obras. Tres bellos y conceptuosos sonetos, no de los mejores, esmaltan el primer acto; y en el segundo un monólogo de Tello el viejo glosa, con algún prosaismo, el "Beatus ille" de Horacio. En toda la obra se notan reminiscencias del romancero y aun se hace alusión al romance de Elvira, "la desesperada Infanta", que sirvió a Lope de núcleo y fuente para su comedia.

A. G. de L.

PERSONAJES

TELLO EL VIEJO

TELLO, *su hijo*

MENDO, *villano, gracioso*

SANCHO, *villano*

FORTUN, *labrador*

AIBAR, *labrador...*

DON RAMIRO

BATO, *villano*

LAURA, *labradora*

INES, *villana*

ORDOÑO I, REY DE LEON

DOÑA ELVIRA, *infanta*

DON NUÑO

SILVIO

BENITO

VILLANOS

CRIADOS



PERSONAJES

TERRE EL ALDO
TERRE EL ALDO
MENDO EL ALDO
SANTO EL ALDO
RODRIGUEZ EL ALDO
ALVAR EL ALDO
DON RAMIRO
BATA EL ALDO
LARA EL ALDO
LARA EL ALDO
ORDOZ J. REY DE LEON
DORA ELVIRA EL ALDO
DON NUNO
SILVIO
RENTO
VILLANO
ORDOZ

Acto Primero

Habitación de la Infanta en el real alcázar de León.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA DOÑA ELVIRA, DON NUÑO.

Infanta.—Parecerá loca acción
A quien la virtud ignora.

Don Nuño.—¡Extraña resolución
En una heroica señora,
Hija de un Rey de León!
Otros medios puede haber.

Infanta.—Así pienso defender
Cauta mi honor y decoro,
Al quererme hacer de un moro
Un rey cristiano mujer.

Don Nuño.—¡Resuelta en efeto estás
De mujeres que supuieron
Reducir a sus maridos,
Y que a la fe los trujeron
Los brazos y los oídos,
Tal con el rey de Valencia.
Tu hermosura y tu prudencia,
Señora, pudiera ser,
Y al mayor ejemplo hacer,
Si no igualdad, competencia.
Casa con él; que, aunque moro,
En las virtudes sin fe
Es un archivo, un tesoro;
Y aunque fuera della esté,
Sabrá guardarte decoro.
Hace el Rey esta amistad
Por ganar la voluntad
Del de Córdoba y Toledo,
No porque les tiene miedo,
Por mayor seguridad
Que nadie se ha de mover
En siendo Tarfe su yerno.

Infanta.—Primero pudiera ser

Volverse gloria el infierno
 Que ser de Tarfe mujer.
 En lugar de flores bellas,
 Nuño, nacerán estrellas,
 Y los peces de los ríos
 Trocarán sus centros fríos
 Al manto que esmaltan ellas.
 Primero el feroz desnudo
 Del arrogante león
 Tendrá de un cordero miedo,
 Será firme la ocasión,
 Y se estará el tiempo quedo.
 Cesarán la competencia
 Los elementos furiosos
 De su inmortal resistencia,
 Y no tendrán envidiosos
 Privanza, virtud ni ciencia.
 Será la flaqueza fuerte,
 Tendrá venturosa suerte
 El bien con la ingratitud,
 Enfadará la salud
 Y será dulce la muerte.

Don Nuño.—¿Resuelta en efecto estás
 De que el conde castellano
 Te favorezca?

Infanta.—Hoy verás
 Del moro el intento vano,
 Y el de mi padre, que es más.
 Na juzgues á desvario,
 Nuño, el pensamiento mío:
 Siendo forzoso ausentarme,
 Nadie puede remediarme
 Mejor que el Conde, mi tío.
 Heme fiado de tí,
 De tu valor confiada,
 Para defenderme así;
 Que yo sé que iré guardada
 De tí mejor que de mí.

Don Nuño.—¡No me tengan por traidor,
 Si te acompaño en tu error!

Infanta.—No es error hacer defensa
 Una mujer en la ofensa
 De su virtud y su honor.
 Fara cegó de llorar

Por no se querer casar;
Y fué de alabanza dina
Huyendo a un padre Eufrosina,
A quien pretendo imitar.
En hábito de varon
Huyó Eugenia, y yo he tenido
Para huir, mas ocasión,
De un rey de León, que ha sido
Para mí rey y león.
A punto mis joyas tengo;
Que los sucesos prevengo
Que temo, aunque no los sé,
Pues que por guardar mi fe
A tantas fortunas vengo.
Si como Cecilia fuera,
Algún ángel esperara,
Que mi virtud defendiera,
Porque ese moro dejara
Su ley tan bárbara y fiera.
Mucho del cielo confío,
De mí no, Nuño; y así
Intento tal desvario.

Don Nuño.—Para servirte nació,
Blasón de mi sangre y mío.
Mira a la hora que quieres
Que venga por tí, pues eres
Quien se vale de mi nombre;
Que nace obligado un hombre
A defender las mujeres.

Infanta.—Cuando se ponga la luna,
Que media noche será.

Don Nuño.—Vendré sin falta ninguna,
En un caballo, en que ya
Corramos los dos fortuna.

Infanta.—Pues por el parque saldré.

Don Nuño.—Y yo a la puerta estaré.

Infanta.—Aunque es hazaña atrevida,
Más quiero perder la vida
Que no aventurar la fe. (*Vanse.*)

Vista exterior de la casa de los Tellos en las montañas de León.

ESCENA II

TELLO, vestido de gala, con aderezo dorado y plumas; **LAURA**

Tello.—Finalmente, ¡no he podido
Guardarme de tí!

Laura.—De amor,
¿Quién puede? Y más si el temor
De ausencia promete olvido.
Y de la suerte que vas,
Vestido a lo cortesano,
¿No ves que encubres en vano
Los enojos que me das?
Que entre esparanza y temor
Vivo con tantos recelos,
Que me avisaran los celos
Cuando se durmiera amor.
¿Cómo te has vestido así?

Tello.—Prima, aunque Tello, mi padre,
Es labrador, por mi madre
Hidalgo y noble nació;
Y él en toda la montaña
De León siempre ha tenido
Fama de ser bien nacido,
Y de los godos de España.
Pues ¿qué quiere de un mancebo
Como yo? ¿No es poco honor
De los dos ser labrador?
Por dicha en el mundo ¿es nuevo
Que quien tiene hacienda emprenda
Ser algo más de lo que es?
¿En qué desatinos ves
Que le gasto mal su hacienda?
¿Es mucho que a la ciudad
Vaya como hombre de bien,
Adonde los que me ven
Conozcan mi calidad?
¿Quién culpa lo que no pasa
De un honrado pensamiento?
¿Tengo de ir en jumento,
Con un villano de casa?

En ella, gracias a Dios,
 Afeitán la yerba a un prado
 Cien yeguas: pues mi criado
 Y yo ¿es milagro que en dos
 Vamos a ver la ciudad
 Y a comprar alguna cosa?

Laura.—A no dejarme celosa
 Del traje la novedad
 Y de León la hermosura,
 Tu pensamiento aprobará.
 Galán, es cosa muy clara
 Que harás alguna locura.
 Tú gracias, yo pocas dichas,
 ¿Qué espero, pues, de las galas
 Nacen a los hombres alas
 Y a las mujeres desdichas?
 Fuera desto, si en León
 Ves las damas cortesanías
 O en visitas o en ventanas,
 Donde con tal perfección
 Está el adorno y el traje,
 Que en ángeles las convierte,
 Después, ¿qué ha de parecerte
 Nuestro rudo villanaje?
 Una mujer que consejo
 Pide al tocarse a una fuente,
 No a un mar de cristal enfrente,
 Que es más lisonja que espejo,
 ¿Qué podrá ser para tí
 Cuando vuelvas a León?

Tello.—Prima, lo mismo que son
 Los prados en que nació,
 Con su natural belleza,
 No los jardines del arte;
 Porque es en aquella parte
 Madrastra naturaleza.
 Deja celos excusados,
 Porque me pone temor
 Mostrarme tanto rigor
 Antes de estar desposados.
 ¿Qué dejas para después,
 Si esto me dices agora?

ESCENA III

TELLO EL VIEJO, INES.—DICHOS

Inés.—Bien lo sabe mi señora,
Pues le llamó.

Tello el viejo.—Espera, Inés.
¿Qué buena conversación!
¿Tú con gente cortesana,
Laura?

Tello.(Ap.)—Cogióme: por Dios,
Que le avisaron que estaba
De partida a la ciudad.

Laura.—La vista o la edad te engaña;
Con Tello, mi primo, estoy.

Tello el viejo.—¿Quién es Tello?

Laura.—¿No le acabas
De conocer?

Tello el viejo.—¿Cómo puedo?
Que Tello mi hijo, Laura,
Es labrador como yo,
Aunque de aquestas montañas
El mas bien nacido y rico,
Y habrá dos horas que andaba
Con un gaban y un sombrero
Tosco, abarcas y polainas.
¿Hijo yo con seda y oro,
Espada y daga dorada,
Plumas y mas aderezos
Que una nave tiene jarcias!
No creas tú que es mi hijo.
Caballero, ¿dónde pasa?
¿Es cazador de este monte?
¿Perdióse acaso? ¿No habla?

Tello.—¿Qué tengo de hablar, Señor,
Si desta suerte me tratas?
Quien te avisó, mejor fuera
Que este enojo te excusara.
¿Es mucho que á la ciudad
Un hijo de un hombre vaya
Tan principal como tú,
Y que ha de heredar tu casa,
En traje que lo parezca?

Tello el viejo.—Y ¿es justo que en esas galas
Gastes con tanta locura
El dinero que no ganas?
¿En qué está la diferencia
De la nobleza heredada,
Al oficial ó al que cuida
De su cuidado y labranza?
En que el uno vista seda
Y el otro una jerga basta,
Que basta para su estado,
Pues ella dice que basta.
La carroza del señor,
Que cuando el techo levanta,
Descubre los arcos de oro
Con las cortinas de grana,
¿No ha de tener diferencia
A un carro con seis estacas,
Cuatro mulas por frisiones,
Su mismo pelo por franjas,
Que, cuando mucho, a una fiesta
Lleva en un cielo de caña
Algun repostero viejo
Con las armas de otra casa?
¿Beber en cristal es poco,
O de algun arroyo el agua
Con la mano, que le vuelve
La mitad desde la barba;
Comer en plata ó en barro,
Supuesto que mas se gasta,
Pues nunca de su valor
Faltó la plata quebrada?
¡Ay, Tello! la perdicion
De las repúblicas causa
El querer hacer los hombres
De sus estados mudanza.
En teniendo el mercader
Alguna hacienda, no para
Hasta verse caballero,
Y al mas desigual se iguala.
¿Qué hijo de un oficial,
Lo mismo que el padre trata?
De aquí nace aquella mezcla
De cosas altas y bajas,
Que los matrimonios ligan,



Con qué sangre y honras andan
Revueltas; de aquí los pleitos,
Las quejas y las espadas.
Hidalgo naciste, hijo;
Pero entre aquestas montañas,
De un labrador que ha vivido
Del fruto de cuatro vacas,
Seis ovejas y dos viñas.
Dejad al señor las galas
Y a los soldados las plumas;
Volved al paño y la abarca;
que yo soy mejor que vos,
Y tal vez los pies me calzan.
Por el riguroso enero
Las nieves de las montañas,
Y en junio las canas cubre
Algún sombrero de paja;
Que de agradecido al trigo,
La pongo sobre estas canas.

Tello.—¿Quién pudiera persuadir,
Padre mío, con palabras
A los años, que se olvidan
De lo que por ellos pasa?
No hay hombre, anciano que crea
Que caminó la jornada
De la vida en aquel brio,
Cuando el que tuvo le falta.
Conozco que han sido exceso
De un labrador estas galas;
Pero no de un hijo vuestro,
Que sois rey destas montañas,
Si fuéradés labrador
De aquellos que évan y aran,
Na pudiera á vuestra queja
Satisfacer mi ignorancia;
Pero si cuando del cielo
En copos la nieve baja,
No cubre mas destes montes
Que con las guedejas blancas
Vuestro ganado menor;
Y si de ovejas y cabras
Perecen los prados pueblos,
Y yerba y agua les falta;
Si teneis de plata y oro

Tantos cofres, tantas arcas,
Y tiran cien hombres sueldo
De vuestra familia y casa,
¿Por qué os engañó la edad
En decir que lo que acaba
Las ciudades es hacer
Los hombres tales mudanzas?
El que su casa no aumenta,
Y la deja como estaba,
No es hombre digno de honor,
Antes de perpetua infamia.
¿Para qué camina un hombre
Tanto mar sobre una tabla,
Para qué estudia y pelea,
Sino para que su fama
Aumente á su casa el nombre?
Que si el mundo se quedara
En el oficio de Adan,
Naturaleza, afrentada,
Se corriera de mirar
Por muros y torres altas,
Por palacios, por ciudades,
Montes de trigo y paja.
No hubiera ciencias, no hubiera
Quien el mudo gobernara,
Ni pinturas ni esculturas,
Sedas, piedras, oro y plata.
Fué divina providencia
Para las cosas humanas
Diversas inclinaciones;
Y por eso a nadie espanta
Que aprenda un hombre a empedrar,
Pudiendo desde su infancia
Aprander artes que en oro
Piedras preciosas engastan.
Yo, en efecto, padre mío,
No me inclino a cosas bajas:
Si os cansan mis pensamientos,
A mí los vuestros me agravian.
A Ordoño, rey de Leon,
Hace guerra el de Granada;
Con alistarme soldado
Vendrán bien plumas y galas.
Ni os gastaré vuestra hacienda.

Ni oiré tan viles palabras;
 Que si vos estáis contento
 Del campo y de su ganancia,
 Yo aspiro a cortes de reyes
 Y á ennoblecer vuestra casa.
 Tello el viejo.—Oye, Tello; Tello, escucha.
 (*Vase Tello.*)

ESCENA IV

TELLO EL VIEJO, LAURA, INES

Laura.—El tiene mucha razon.
 Tello el viejo.—¿Tan poca reprehension
 Le cansa?
 Laura.—No es sino mucha.
 Tello el viejo.—Ayuda tú, por tu vida;
 Anda, di que nos vaya.
 Laura.—¿Cómo es posible que haya
 Quien estorbe su partida?
 Tello el viejo.—Pues yo iré; que por ventura
 Tendrá respeto a quien soy,
 Si no á tu amor.—(*Vase.*)
 Laura.—¡Buena estoy!
 Inés.—Si estás de su amor segura,
 ¿Qué importa que vaya Tello
 A la ciudad?
 Laura.—Nadie amó
 Segura.
 Inés.—Presumo yo
 Que con un sutil cabello
 Le atarás y le tendrás.

ESCENA V

MENDO.—LAURA, INES

Mendo.—¿Está acá nueso amo el mozo?
 Inés.—Cayóse el gozo en el pozo.
 Mendo.—¿Qué dices?
 Inés.—Que no te vas.

- Mendo.—Engañaste; que ha de ser
Lo que Tello una vez dice,
Si el mundo lo contradice.
- Laura.—Pues esta vez no has de ver
La ciudad, Mendo alcahuete
- Mendo.—¿Yo alcahuete?
- Inés.—Pues ¿quién es
El que le lleva?
- Mendo.—¿Yo. Inés!
- Inés.—Buen castigo te promete
Señor por esas maldades.
- Laura.—Sí, Mendo, culpado estás;
Que, como a la corte vas,
A que vaya le persuades,
Contándole lo que ves.
- Mendo.—¿Qué veo yo?
- Laura.—Mil mujeres,
Pintándolas como quieres
De la cabeza á los piés.
Y todo es linda invencion;
Porque ¿qué puedes tú ver
Mientras llevas á vender
Trigo, cebada y carbon?
Desnuda lo cortesano,
Vuelve al capote.
- Mendo.—¿Por Dios,
Que me tratáis bien las dos!
Esto de serviros gano.
¿Quién dice a Tello, quién cuenta
Tus gracias? ¿Qué lindo humor!
¿Quién le anima a mi señor
Al casamiento que intenta?
¿Quién te pinta cuando al día
Sirves de alba al levantarte?
¿Quién, cuando vas a acostarte,
Tu cubierta bazarria?
Quién le dice, como yo,
Laura, que te guarde fe?
- Laura.—Hoy, Mendo, yo te escuché
Donde ninguno me vió,
Cuando a Tello le dijiste:
“No es tu valor para el monte;
Déjale, alégrate, ponte
Galas, colores te viste.
Una tosca montañesa

Que consultó para erizo
 Naturaleza, y la hizo
 En el molde de una artesa,
 Con un zapato de lazo
 Como un medio celemin,
 Sobre la ceja el garbín,
 La cola en el espinazo,
 ¿Qué tiene que ver con ver
 Una coluna de nieve
 En tres puntos de un pie breve”?

Mendo.—¿Yo lo dije?

Laura.—Y hay mujer,
 Perro, que tiene lo pies
 Como bonete doblado.
 Pues si alabar el calzado
 Hoy escucharas, Inés,
 Medias, zapatillo y liga,
 A Venus imaginaras.
 Todas tienen lindas caras;
 No hay mujer de quien no diga
 Que es un serafín, un cielo,
 Como de la corte sea;
 Infierno llama a la aldea.

Mendo.—¿Bien pagas, Laura, mi celo!

Yo tengo la culpa, yo,
 Porque alabo, estimo y quiero
 Aquel tomillo salsero
 Con que este monte os crió:
 El oler a flor de espinos
 Por abril en las orillas
 De los ríos, no a pastillas
 De esos ámbares divinos,
 Que han dado a tantas mujeres
 Mal de madre y a los hombres
 Tanto enfado, y otros nombres
 Que impidan vuestros placeres.
 ¿Quién vuestra limpia hermosura
 Y vuestra tez encarnada,
 Tiesa y firme como espada,
 Sin pelo ni quebradura;
 Aquel lavarse a dos manos,
 Un caldero por espejo;
 El querer al tiempo viejo,
 Y el pedir sin pasamanos;
 Aquel blanco delantal

Con mil randas y labores,
En que puede coger flores
La misma aurora oriental;
Quién lo alaba y encarece
Como yo?

Laura.—Ya he conocido
Tus lisonjas.

Mendo.—Quien ha sido
La causa, esto y más merece.
Pero yo lo enmendaré
Con llevalle a la ciudad,
Para que sea verdad.

Laura.—Y yo a Señor le diré
Cómo eres perro de muestra
De Tello, el ventor y hurón
De sus damas destrucción
Suya y de la hacienda nuestra;
Que eres el que vende el trigo
Que le hurtáis, y aun el dinero...

Mendo.—Escucha, Laura.

Laura.—No quiero;
Hoy cuanto pasa le digo. (Vase.)

Mendo.—Inés, deténla.

Inés.—¿Yo?

Mendo.—¿Pues?

Inés.—Mal conoces el estado
A que conmigo has llegado.

Mendo.—Oye una palabra, Inés. (Vase Inés.)

ESCENA VI.

MENDO.

Mendo.—Más quiero oír de vos, más un desprecio
De quien ayer en baja mar vivía;
Mas por fuerza escuchar mala poesía,
Y a un sordo, oyendo yo, que me hable recio;
Más quiero ver a la virtud sin precio,
Sufrir de un ignorante la porfía,
Querer una mujer que tenga tía,
Hablar a un bobo y respetar a un necio;
Más quiero consentir de un estudiante
El frío verso y bachillera prosa,

Con mucha presunción, siendo ignorante;
 Más los melindres de una necia hermosa,
 Y que en falsete un barbinegro cante,
 Que resistir una mujer celosa. *(Vase.)*

Sala en el alcázar de León.

ESCENA VII.

EL REY ORDOÑO, DON RAMIRO, *Criados.*

Rey.—¿A qué podrá llegar mi desventura?
 O ¿qué podrá servirme de remedio?

Don Ramiro.—Señor, el cuerdo el último procura;
 Que la paciencia es saludable medio
 Para curar los males imposibles.

Rey.—¡Fuerte elección, si está la muerte en medio!
 No fueran mis desdichas insufribles,
 Ramiro, a no ser yo la causa dellas;
 Que estos las hace justas e invencibles.
 Si yo culpar pudiera a las estrellas,
 O a un loco amor, que el más real decoro
 Suele vencer cuando faltaran ellas,
 Remedio hallara en el dolor que lloro;
 Mas no le puede haber faltando Elvira,
 Porque, cristiano, quise darla a un moro.
 Mas quien el corazón penetra y mira,
 Sabe que fué mi intento confianza
 De que al bautismo el de Valencia aspira.—
 ¿Qué dice Blanca en fin?

Don Ramiro.—Que la esperanza
 Es vana de buscarla, a lo que piensa,
 Si vive ya donde el poder no alcanza;
 Pues, viendo que era débil la defensa
 Con que pudiera resistir tu gusto,
 Como era darla por mujer a un hombre
 Que no siendo cristiano, fuera injusto,
 Salió con diferente hábito y nombre,
 Donde tienen por cierto que se ha muerto.

Rey.—¿A quién habrá que mi dolor no asombre?
 Sin duda de las fieras del desierto
 Sepulcro es ya, pues no parece en cuanto
 Se ha buscado, inquirido y descubierto.

Que Porcia del amor aplaque el llanto
Comiendo brasas; que Lucrecia el pecho
Al hierro entregue, no me causa espanto,
Ni reducida a punto tan estrecho,
Darle Cleopatra a un áspid, ni el ardiente
De Dido y Fedra en lágrimas deshecho;
Pero que una mujer cristiana intente
Matarse, ¿a quién no causa maravilla?
¡Desperada, infiel, inobediente!...

¿Qué ha respondido el conde de Castilla?

Don Ramiro.—Lo que todos responden admirados.

En fin, ningún lugar, ciudad ni villa

Dejó de verse en todos sus estados;

Ni el de Navarra sabe cosa alguna.

Rey.—Quitáranme la vida mis cuidados.

No me quiero quejar de mi fortuna;

Castigo fué del cielo mi imprudencia.

Disculpa no podrá tener ninguna,

Ni mal tan grande permitir paciencia. (Vanse.)

MONTE.

ESCENA VIII.

LA INFANTA, DON NUÑO, *con una caja de joyas.*

Infanta.—Suelta las joyas, villano,

Ya que me dejas así.

Don Nuño.—Pienso, Elvira, que de mí

Te vienes quejando en vano,

Pues pudiendo ser tirano

De tu más noble tesoro,

Y no como indigno moro,

Sino como noble hidalgo,

De tanto peligro salgo,

Libre tu honor y decoro;

Que en este monte pudiera,

Dando lugar al deseo,

Hacer que del vir Tereo

Menor la tragedia fuera,

Y esta montaña tuviera,

Otra Filomena hermosa,

Más desdichada y quejosa;

Pues si te dejó el honor,
 ¿Qué joyas tienen valor
 Que iguallen la más preciosa?
 Acompañarte no ha sido
 Traición, pues que fué ampararte;
 La traición fuera forzarte,
 A tu grandeza atrevido.
 Mi honor, mi patria he perdido:
 Si es así, forzoso es,
 Para librarme después
 Entre moros y cristianos,
 Llevar el oro en las manos,
 Que son los mejores pies.

Infanta.—Aunque las joyas te pido,
 No es por ellas mi interés;
 Por una sortija es
 Que del Rey, mi padre, ha sido:
 Que, aunque tanto me ha ofendido,
 Le tengo notable amor.
 Cosa es de poco valor.

Don Nuño.—¿Es la desta sierpe?

Infanta.—Sí;

Que de un diamante y rubí
 Tiene en la boca una flor.

Don Nuño.—Toma; que aunque ésta tuviera

(Dátele una sortija.)

El valor de las demás,
 No te negara jamás
 Cosa que tu gusto fuera.

Infanta.—No me dejes sola, espera,
 En tan ásperas montañas;
 Llévame a aquellas cabañas.

Don Nuño.—Seré, Elvira, conocido
 Por autor, como lo he sido,
 De tan infames hazañas.
 Quien ha tenido valor
 Para venir desta suerte,
 No tema, Elvira, la muerte,
 Pues no ha temido el honor.
 Donde me lleva el temor
 Voy arrepentido y triste;
 Confieso que me pusiste
 Una esperanza, que fué
 Por donde hasta aquí llegué
 Con la ocasión que me diste.

Codicia de tu belleza
Me dió causa aquella tarde;
Pero rendíla, cobarde,
A los pies de tu grandeza;
Que no pudo mi bajeza
Tener tan altos despojos,
Ni atreverme a darte enojos
Pude en ocasión igual;
Que la hermosura real
Tiene deidad en los ojos.
Cuántas veces me incitaba
Un pensamiento amoroso,
Tantas de tu rostro hermoso
La grave luz me cegaba.
Quien en tal batalla estaba,
Bien hace en dejarte a efeto
De que el temor más discreto,
Tratándote fuera ingrato;
Que es tan poderoso el trato,
Que a nadie guarda respeto;
Que si algo suele perder,
Contra las humanas leyes,
Respeto, Elvira a los reyes,
Sólo el trato puede ser.
Túrbase quien llega a ver
De un rey la deidad severa,
Como su ser considera,
Y el más sabio se recata;
Pero quien los sirve y trata,
Ni se muda ni se altera.
Yo parto, en fin, victorioso
De mí mismo, y tan leal,
Que dejo ocasión igual
Al más cuerdo o más dichoso.
Lo que me trujo animoso,
Determinado en secreto,
Me vuelve necio y discreto.
Perdona, y quédate aquí;
Que voy huyendo de ti
Por no perderte el respeto. (Vase.)

ESCENA IX

LA INFANTA.

Infanta.—Hurta los rayos al dorado hermano,
 Para vestirse de su luz, la luna;
 Sin mirar otra palma, de ninguna
 Cortó racimos de oro el africano.
 Gime la tortolilla, y gime en vano,
 Cuando el esposo que murió importuna;
 Sin dueño no hay en monte fiera alguna,
 Ni vida alegre en el discurso humano.
 De la suerte que e alma al cuerpo informa,
 Es como la primera inteligencia,
 Materia la mujer, el hombre forma.
 Y tanto nos ampara su presencia,
 Y así su forma nuestro ser conforma,
 Que siendo este traidor, siento su ausencia.

ESCENA X.

UN VILLANO.—LA INFANTA.

Un Villano, (Canta dentro.)
*Triste está la infanta Elvira,
 Días ha que no se alegra;
 Que la casa el Rey, su padre,
 Con el moro de Valencia.*

Infanta.—Aquí llegan mis desdichas;
 Pero si la causa llega,
 Tan triste como atrevida,
 ¿Qué mucho que lleguen ellas?

Villano.—(Canta dentro.)—*¡Qué mal lo ha mirado Ordoño!
 A la fe que se arrepienta;
 Por que quien no teme á Dios,
 No puede hacer cosa buena.*

Infanta.—¡Ah buen hombre, ah labrador!
 Villano (Dentro.)—Digo que llaman Teresa,
 Detrás de aquellas carrascas,
 Y voz de mujer semeja. (Sale.)

¿Quién llama? ¿Quién es? ¿Sos vos?

¿Voto al sol, que es cosa nueva

Vuestro traje en estos montes,

Que no es a la usanza nuestra!

Infanta.—Mas nuevas son mis desdichas.

Trújome por esta tierra

Un capitán.

Labrador.—¿Quién lo duda?

Como tiene el amor flechas,

A las mas engañan plumas.

¿Como diablos os inquieta

Tanto en vuestras almohadillas

El tapatan de la guerra?

Pero ¿cómo os deja aquí?

Infanta.—Por mis desdichas me deja,

Que son largas de contar.

Pero, dime, ¿son aldeas

Esas grandes caserías,

Que dellas parecen peñas,

Y dellas huertas parecen?

Labrador.—Todas son casas que albergan

Hombres ricos montañeses,

Que se quedaron en ellas

Desde el tiempo de los godos;

Tienen aquí sus haciendas

Y son reyes destos montes.

Esa que mirais más cerca,

Es de Ramiro de Aibar,

Mi amo; esotra más vieja

Es de Servando Fernández

Estotra es de Mendo Vega,

Aquella es de Ortun Ordóñez;

Pero de aquí legua y media

La de Tello de Menezes,

Hombre a quien todos respetan.

Allí hallárades amparo,

Pero con alguna ofensa

De vuestro honor.

Infanta.—¿Por qué causa?

Labrador.—Porque tiene un hijo en ella

Más galán que Gerineldos,

Que no hay moza que no pesca

En todo aqueste distrito.

Infanta.—Pues mejor será la vuestra.

Labrador.—Ramiro de Aibar, mi amo,

Tiene una hija doncella,
 Y con ella estaréis bien;
 Pero trocando la seda;
 Que no os querrán recibir
 Infanta.—Ninguna cosa desean
 Mis penas sino mudar
 El traje. Si alguno hubiera
 Antes de llegar allá,
 Por sayal, por tosca jerga
 Le diera de buena gana.
 Labrador.—Connigo vino Teresa
 Para ayudarme a cargar
 De carrascas la carreta;
 Hablad con ella; que pienso
 Que os ayude cuanto pueda.
 Infanta.—Vamos pues adonde está.
 Labrador.—¡No es mala la diferencia,
 Pues por un carro de roble
 Llevo una carga de seda! (Vanse.)

Otro punto del monte.

ESCENA XI.

DON NUÑO, con la caja de joyas.

Don Nuño.—Sin saber dónde camino,
 Me lleva el justo temor
 Donde me trujo el amor
 O me enseña mi destino.
 Mas ya temor, no imagines
 Que has de hallar segura tierra;
 Que quien los principios yerra,
 ¿Cómo ha de acertar los fines?
 Necio fué mi atrevimiento
 En ayudar la locura
 De Elvira, por la hermosura
 Que cegó mi pensamiento;
 Pero, en fin, ya la dejé.
 Y por sendas tan incultas
 Voy, que, al mismo sol ocultas,
 Ni las penetra ni ve.
 En mis imaginaciones

No hay rama en esta ocasión
 Que no sea un rey de León,
 Y cada rey mil leones.
 Lo que me da más cuidado
 Son las joyas, enemigos
 Que han de servir de testigos
 Si soy de su gente hallado.
 Y así, cavando la tierra
 Con esta daga, las quiero
 Esconder; pero primero,
 Para conocer la tierra,
 Poner alguna señal. (*Dan voces dentro.*)
 Gritos dan. Todo me asombra;
 Que espanta su misma sombra
 A quien dice o hace mal.

ESCENA XII.

MENDO, TELLO.—DON NUÑO.

Mendo (*Dentro.*)—Por aquí, por aquí fué.
 Don Nuño.—Ellos me buscan a mí.
 Tello (*Dentro.*)—¿Dónde, Mendo?
 Mendo (*Dentro.*)—Por aquí.
 Tello (*Dentro.*)—El es.
 Don Nuño.—¡Muerto soy! ¿Qué haré?
 Pero detrás destas ramas
 Será mejor esconderme (*Huye*)

ESCENA III

MENDO, con una ballesta; MENDO, SANCHO

Tello.—Desdicha habemos tenido
 Mendo.—¿Cómo?
 Tello.—Que ya no parece.
 Mendo.—En parte, por Dios, me huelgo;
 Que es venir a cazar hebres
 Durmiendo en sus verdes camas,
 Como caza de mujeres;
 Y querer matar un oso

Es peligro, donde suele
 Burlarse el mas alentado,
 Engañarse el mas valiente.

Tello.—Yo desde léjos queria
 Tiralle.

Mendo.—Pues no te acerques;
 Que el ejemplo de Favila
 Aun está en Leon presente.

Tello.—Dime, ¿qué te dijo Laura?

Mendo.—;Qué áspid, tigre o serpiente,
 Qué caiman o cocodrilo,
 Pisados o heridos, vuelven
 Con tal furia como Laura
 Contra mi pecho inocente,
 Diciéndome que yo era...?
 ;Dirélo?

Tello.—Dilo.

Mendo.—Alcahuete,
 Que te llevaba á Leon
 Para que sus damas vieses;
 Que te las pintaba á todas
 Con lisonjeros pinceles,
 Para moverte á cosquillas
 La sangre en la edad que tienes;
 Que yo te ayudaba á hurtar
 El trigo; y aunque no miente,
 Siendo tanta la abundancia,
 Mucho cuidado parece.
 Demás de que, ya tu padre,
 De miserable, no quiere
 Ni aun darte para vestir,
 Cuando en ese campo llueve
 Lana, trigo y aun maná,
 Siendo por sangre Menésés.
 Pues, ¡á mí, que el otro dia
 Le pedí unos zaragüelles,
 Me dijo: "Sin ellos te anda,
 Mendo, pues camisa tienes;
 Que con sayo á la rodilla,
 Mis abuelos y parientes
 Sin zaragüelles andaban
 Mas lijeros y mas fuertes!"
 Respondile: "En esos tiempos
 Eran los aires mas leves;
 Pero agora son tan bravos,

Que diera risa á la gente."—

Añadió que te decia

Mil testimonios, y advierte

Que la he dado la palabra

Que no irás eternamente

A la corte, aunque te llame

El Rey por trescientas veces.

Tello.—Loca debe de estar Laura.

Mendo.—Cuerda ó loca, no te quejes

De mi si no voy contigo.

Tello.—¿Qué es aquello que se mueve?

Mendo.—Allí han sonado las ramas.

El oso es: tira.

Tello.—Acertéle,

Pues se queja.

Mendo.—¡Lindo tiro!!

Sancho.—¡Lindo flechazo!

Mendo.—Excelente.

Tello.—Bien puedes llegarle á ver;

Que con yerba presto muere.

Mendo.—Pues no salió tras nosotros,

No hayas miedo que se vengue.

Por el corazón le diste.

Tello.—Pues llega á verlo.

(*Entrase Mendo.*)

¿Qué temes?

Mendo (*Dentro.*)

¡Vive Dios, que has muerto a un hombre!

Tello.—¿Qué me dices?

Mendo (*Dentro.*)—Llega á verle.

Tello.—Sacadle los dos en brazos.

(*Entrase Sancho.*)

¡Hay tal desdicha! ¡Hay tal suerte!

¿Era cazador acaso?

Mendo (*Dentro.*)—Hidalgo y noble parece.

ESCENA XIV.

MENDO Y SANCHO sacan a DON NUÑO herido.—
TELLO.

Tello.—¿Quién sois, caballero?

Don Nuño.—¡Ay cielo!

Esto mis culpan merecen.—

Yo soy... *(Muere.)*

Mendo.—Quedóse en "yo soy";

Lo demás dijo la muerte.

Tello.—; Buen talle!

Mendo.—Gentil vestido!

Los despojos te competen.

¿Qué habemos de hacer?

Tello.—Callar;

Y al hombre que lo dijere,

¡Vive Dios, que he de cortarle

La lengua?

Mendo.—Señor, pues eres

El dueño de este difunto,

¿Qué haremos dél?

Tello.—Mendo, hacerle

Sepultura en ese arroyo.

Sancho.—; Cruel estrella!

Mendo.—; Que llegue

A morir por oso un hombre!

Tello.—Arrójale, Mendo, y vuelve.

(Mendo y Sancho meten el difunto.)

ESCENA XV.

TELLO

Tello.—; De qué sirve esconderse de tu flecha,
Muerte cruel, pues donde quiera, airada,
Llamas sin voz, y con tu planta helada
Entras donde jamás entró sospecha?
Para esconderse, muerte, no aprovecha
La cortina de púrpura bordada;
Porque la mira en la ballesta armada
Desde que nace el hombre tienes hecha.
Pero este ejemplo, aque cruel, advirte
Que fué la muerte deste merecida,
Y no por culpa de su triste suerte,
Pues claramente da a entender la herida
Que quien como animal tuvo la muerte,
Murió en el traje que vistió la vida.

Acto Segundo

Campo inmediato a la casa de los Tellos.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA

No se cansa mi fortuna
De engañarme y perseguirme,
Pues en mis desdichas firme,
No espero mudanza alguna.
Al hábito labrador
Incliné mi majestad,
Porque en tal desigualdad
Desconociese el valor;
Pero así me ha conocido,
Y ha hecho suertes en mí,
Como si fuera quién fui,
O supiera lo que he sido.
Serví en el rústico traje
Que estoy, para ser ejemplo
De que no hay tan alto templo
Que el tiempo no humilde y baje;
Y aunque en la casa en que estaba,
Su dueño bien me quería,
Una hija que no tenía
Mis acciones envidiaba;
Fuerza fué no lo sufrir,
Porque no hay más que temer
Que una envidiosa mujer
Adonde se ha de servir;
Que si tantas penas pasa
Quien por vecina la tiene,
A mayor desdicha viene
Quien vive en la misma casa.
La de Tello de Meneses
Me dicen que es por aquí,
;Ay, fortuna, si de mí
Y de mi honor te dolieses!

Hame puesto un labrador,
 Que sus locuras me dijo,
 Miedo con Tello, su hijo,
 Para defender mi honor;
 Por otra parte he sabido
 Que es muy cortés y galán.—
 ¿Dónde estos serranos van?
 ¡Qué dicha hubiera tenido
 Si fueran de su labranza!

ESCENA II.

Mendo.—Cuanto a Inés, Sancho, no quiero
 Obligarte con que espero
 En sus desdenes mudanza.
 Tengo tan poco favor,
 Que en dejar de pretender
 No pienso que pueda hacer
 Mayor servicio a mi amor.
 Si te quiere bien a tí,
 Yo me rindo; tuya sea.

Sancho.—Amor me dice que crea
 Que me favorece a mí.
 Y no le falta razón;
 Que bailando el otro día
 La dije que la tenía
 En medio del corazón.
 Con esto, en sala, en cocina,
 Donde quiera que la veo,
 Se ríe, y muestra el deseo
 Que a tenerme amor la inclina.
 Antiyer la pellizqué,
 Y tal mojicón me dió,
 Que sin seso me dejó.

Mendo.—Y ¿es favor?

Sancho.—Pues ¿no lo fué,
 Si brazo y mano tenía
 Más limpio que están las flores?

Mendo.—Sancho, de tales favores
 Tengo yo muchos al día.
 No tiene hacienda Señor
 Para comprar cucharones,
 Con que me dé coscorrones,

Sin tenellos por favor.
 ¡Oh qué mal, Sancho, conoces
 Estas ninfas del fregado,
 Que como yeguas en prado,
 Retozan tirando coces!
 Yo te la doy, pues estás
 Desos favores contento.

Sancho.—Quejas oigo, pasos siento.

Mendo.—Quedo, no te informes más.—

Serrana, que guarde Dios,
 ¿Dónde bueno por aquí?

Infanta.—De casa de Aibar salí,
 Bien le conocéis los dos,
 Donde he servido dos meses.
 Era importuna mi ama,
 Y voy buscando por fama
 La de Tello de Meneses.
 ¿Sois suyos acaso?

Mendo.—Sí.

Y a vos detener el paso
 No os ha hecho el cielo acaso.

Infanta.—Dicha ha sido para mí
 Hallar de su casa gente.
 Pero de cierta ocasion
 Traigo mala informacion.

Mendo.—Creed que la envidia miente.
 Si quereis servir allá,
 Buen salario os aseguro.

Infanta.—Creedme que lo procuro.
 ¿Está lejos?

Mendo.—Cerca está.

Infanta.—¿Querráme á mi?

Mendo.—¿Qué decís?

Tal gracia y talle teneis,
 Que la casa mandaréis
 Si un mes en ella servís.—
 Sancho, acoto esta mujer; (Ap. a él)
 A Inés te dí.

Sancho.—Soy un necio;
 Mas por la mitad del precio
 Pleito te quiero poner,
 Porque tiene tanta estima,
 Que para que me la des
 Te daré por ella a Inés
 Y dos cabritos encima.

Mendo.—No hay que tratar: ella es mía.—

Seguidme, hermosa serrana;

Que nunca tan de mañana

Salió en este monte el día.

Infanta.—Para perder el temor,

De aquí a su casa podréis

Contarme lo que sabéis

Deste hidalgo labrador;

Que entretenidos así,

No hay camino que se sienta.

Mendo.—Bien decís; estadme atenta;

Que no está lejos de aquí.

(Echan a andar y vanse lentamente por una senda que da varias vueltas por el teatro.)

Serrana, cuya belleza

Nació para ser señora

En los palacios del Rey

(Y no es haceros lisonja),

Sabed, ya que nos honráis

Con vuestra presencia hermosa,

Que en las faldas de los montes

De Asturias, yace a la sombra

Un León, cuyas guedejas

Tiembla el moro y el sol dora,

A quien el piadoso cielo

Restituye la corona.

Este las doradas garras

Muestra al Africa, de forma

Que por mil partes le vuelve

Las espaldas temerosas.

De donde los tuvo ocultos

Don Pelayo en Covadonga,

Tantos hidalgos descendien,

Que están las montañas solas;

Pero de los que han quedado

Cuyos solares adornan

Paveses de antiguas casas,

Familias de gente goda,

La de Tello de Meneses,

Serrana, es la más famosa,

Más rica, y por muchas causas

Más respetada de todas.

Cincuenta pares de bueyes

Aran la tierra abundosa

De rubio trigo, que apenas

Hay trojes que le recojan.
Trepan estas altas peñas
Fértiles, cabras golosas
En cantidad, que parece
Que otro monte inculto forman.
Bajan a ese claro río,
De aquellas nevadas rocas,
A beber tantas ovejas,
Que unas a otras se estorban;
Que los cristales que encubren
Las arenas por un hora,
Los mismos peces enseñan
Envueltos en verdes ovas.
Las rocas llamé nevadas,
No por los hielos de Bóreas,
Mas porque la blanca lana
Hace que no se conozcan.
No hay dehesas, vegas, prados
Adonde las vacas coman,
Con ser de Tello las mieses
Diez leguas a la redonda.
Los toros al herradero,
Como el fuego los provoca
Del hierro abrasado, vienen
Novillos y salen onzas.
En llegando la vendimia,
De negras uvas rebosan
Los lagares, que las cepas
Por pardos sarmientos brotan.
Treinta y más hombres las pisan,
Y el mosto que sus pies moja,
Para cuando vino sea
Les jura vengar su honra.
Aquí en cárceles de erizos
Le dan castañas sabrosas
Los montes, las anchas vegas
Verdes peras, guindas rojas,
Con las pálidas camuesas,
Nueces, avellanas, moras,
Servas, nísperos y almendras,
Que flores de nácar bordan.
Gansos los arroyos cubren,
Aves tan vanas y locas,
Que con aquel débil cuello
Piensan que en el cielo topan.

Los animales morenos
(Lenguaje que el mundo toma,
Pues llama moreno a un negro,
Siendo la color notoria)
Salen al ronco instrumento
En gran número al aurora,
Aunque más parece noche
Por donde el camino asombran.
En esos bosques sombríos
Con amorosas congojas
Braman mil sueltos venados
Por las ciervas desdeñosas.
Los conejos advertidos
Por los vivares se alojan,
Y escogen campo las liebres
Adonde ligeras corran.
Cuando el madroño sangriento
Su verde fruta colora,
Salir de sus altas cuevas
Los osos peludos osan.
No menos los jabalíes,
Que el verano se remontan,
Vienen a buscar hambrientos
Las sezonadas bellotas.
Aquí entra bien Tello, el mozo,
Que la fama mentirosa
Os ha pintado diciendo
Que cuanto mira deshonra.
Digo que entra, porque suele
Con valor y vanagloria
Matar estos animales,
Puesto que a su padre enoja;
Que con su sangre a un venablo
De suerte el oro desdora,
Que está desta parte el asta,
Y el acero de la otra.
Es un mancebo galán,
Que puede servir de alcorán
Tan dulce, que algunas hembras
Se le llegan como moscas.
Hablar de su cortesía,
Es contar granos de aljófara
Sobre las flores que el alba
Llora en su cogollos y hojas.
Su entendimiento y blandura,

Su condición generosa
Para un príncipe nacieron,
Que no para gente tosca.
He sido yo de opinión
(Que tengo en algunas cosas,
Aunque labrador, buen gusto,
Ni es todo el sayal alforjas)
Que, como las frutas, hizo
Naturaleza estudiosa
Los hombres agros y dulces;
Y así, en esta casa agora
Tello el viejo es agro y Tello
El mozo es dulce. (Desaparecen.)
Vista exterior de la casa de los Tellos

ESCENA III.

LA INFANTA, MENDO, SANCHO.

Mendo.—No os pongan
Temor, porque el noble viejo
Trata de su hacienda sola,
Y aunque estéis aquí dos años,
Sin ser falta de memoria,
No sabrá si le servís,
Porque hay doscientas personas;
Mas si fuárades oveja,
Como sois mujer, Señora,
Supiera cuándo nacistes
Mejor que vuestra parroquia.
El mozo no os hará mal,
Porque sus manos y boca
Compone su entendimiento,
Y a sus palabras sus obras;
Fuera de que es imposible
Que los ojos en vos ponga,
Respeto de que su padre
Le quiere dar por esposa
A Laura, una prima suya,
Que es una gallarda moza,
Si vuestra hermosura y gracia
Que esto diga me perdona;
Que no habiendo competencia

Con los claveles y rosas
 De vuestra boca y mejillas,
 Las tuyas blancas y rojas
 Pueden hacer un invierno
 Primavera deleitosa;
 Porque de solas las almas
 Merece ser labradora.
 Pero ella y una criada
 A este fuente sonora
 Por agua bajan: habladas;
 Y a mí, a quien tanto enamoran
 Esos ojos, dad licencia
 Que a serviros me disponga;
Que en esta ruda corteza
 Vive un alma que os adora,
 De quien en tosca materia
 Seréis vos divina forma,
 Seréis miel en alcorchoque,
 Letras en persona rota,
 Valor en hombre sin dicha
 Y ventura en vida corta,
 Guante de ámbar en villano,
 En ruin lengua buena copla,
 Armas en cobarde pecho,
 Doblón rico en pobre bolsa;
 Que, desdeñado o querido,
 Seré vuestro, en pena, en gloria,
 Contento en cualquier estado
 Que la fortuna me ponga.

ESCENA IV.

LAURA E INES, con dos cantarillos.—*Dichos.*

Inés.—Digo que es Mendo, y que viene
 Con Sancho y una mujer.

Laura.—¿Que siempre éste ha de traer
 Lo que celosa me tiene?

Infanta.—Dadme, Señora, esa mano.

Laura.—¿Qué es esto, Mendo?

Mendo.—Señora.

Una hermosa labradora
 Que hallé en ese verde llano.

Dice que a Aibar ha servido,
Y que por cierto disgusto
Le ha dejado.

Infanta.—Con más gusto,
Si dicha hubiera tenido,
En vos me hubiera empleado;
Pero yo no merecía
Serviros.

Laura.—La cortesía,
El talle, el traje, el agrado,
El rostro, obliga a estimar,
Serrana, el ofrecimiento.

Infanta.—Menos os digo que siento,
Y sólo os puede obligar
El hallarme en tierra extraña.

Laura.—¿De dónde sois?

Infanta.—De Castilla.

Laura.—Mucho el veros maravilla
Que vengais a la montaña.

Infanta.—Es larga historia: después
Os la quiero referir.

Laura.—Mejor que para servir,
Es para servida, Inés.

(*Ap. a ella.*)

Inés.—Recíbela, por tu vida;

Que es lástima que se pierda.

Laura.—La condición se me acuerda
De Tello.

Inés.—Está defendida

Con el amor que te tiene;

Y esta es moza honesta y grave,
Si no encubre lo que sabe.

Laura.—¿Qué se yo de dónde viene?

Inés.—¿Habrás más de despedilla

Si al rostro sale traidora?

Laura.—(*A la Infanta.*)—¿El nombre?

Infanta.—Juana, Señora.

Laura.—Tomad esta cantarilla

Y seguidme; que en la fuente

Me contaréis vuestra historia.

(*Vanse las tres.*)

Mendo.—Llevado me ha la memoria.

Sancho.—Yo hallo un inconveniente.

Mendo.—¿Cómo?

Sancho.—El viejo, que retozos

Teme en mozas de despejo.

Mendo.—Si no la quisiere el viejo,
Servirá para los mozos. (Vanse.)

Sala en casa de los Tellos.

ESCENA V.

AIBAR Y BATO; luego, TELLO EL VIEYO Y SILVIO.

Aibar.—Pienso que negociaremos;
Que es muy rico y liberal.

Bato.—Fortun no ha dado un real;
¡Bien con él la iglesia haremos!

Aibar.—Tello es hombre de valor.

Bato.—¿Quién da voces?

(Salen Tello y Silvio.)

Tello el viejo.—¡Esto pasa!

Salid, villano, de casa.

Silvio.—No tengo culpa, Señor;

Deten, por Dios, la cayada.

Tello el viejo.—¿Qué tengo de detener?

¿De mi hacienda habeis de hacer

Como de hacienda robada?

¡Vive Dios!...

Silvio.—Oye en disculpa...

Tello el viejo.—¿Qué disculpa puedes darme,

Que no sirva de enojarme

Y de hacer mayor tu culpa?

¿Cuántos piés tiene un lechon?

Silvio.—Cuatro.

Tello el viejo.—Pues ¿cómo has traído

Tres?

Silvio.—El uno se ha caído;

Que ya sé que cuatro son.

Tello el viejo.—Del pecho te he de sacar

Ese pié si lo has comido.

(Huye Silvio y síguete Tello el viejo.)

Bato.—¡A buen puerto hemos venido!

Vámonos, señor Aibar.

Aibar.—Dices bien. ¿Este es Meneses,

Aquel noble y liberal?

No he visto miseria igual.

Bato.—Menester fué que lo vieses

Para poderlo creer.

(*Vuelve Tello el viejo.*)

Tello el viejo.—¿Quién va? ¿Quién sale de aquí?

Vuelva quien es.

Aibar.—No entendí,

Puesto que te vine á ver,

Hallarte enojado.

Tello el viejo.—Aibar,

Ya sabes que soy tu amigo.

No lo estoy mucho, y contigo

Me sabré desenajar.

¿Qué quieres? ¿A qué venias?

Aibar.—No mas de á verte.

Tello el viejo.—Es engaño,

Pues el irte es desengaño,

Que alguna cosa querías.

Aibar. No cierto.

Tello el viejo.—Di la verdad;

Que nuestra amistad se ofende.

Aibar.—Pues á quien tan bien la entiende,

Quiero hablarle en amistad.

Tello, á mi me han encargado

Recoger algunos días,

Por aquestas caserías,

La limosna y el cuidado

De la iglesia que labramos

Desta vega en la mitad,

Con que la dificultad

De ir a la villa excusamos.

Ella está ya comenzada;

Limosna os vine a pedir,

Porque siempre oí decir

Vuestra condición honrada

Y la liberalidad

Con que procedéis en todo;

Pero entré, y hallé de modo,

Que, diciendoos la verdad,

Os tuve por miserable;

Que reparar en un pie

Un hombre tan rico, fué,

Tello, bajeza notable,

Por esto a la fe me fui.

Tello el viejo.—Cierto que tenéis razón.

Es así mi condición;

Pero es en mi casa así.

Venid, Aibar, a la tarde,
Y contad tres mil ducados.

Aibar.—¿Qué decís?

Tello el viejo.—Que a estar contados,
No fuera en darlos cobarde.

Aibar.—¿Tres mil?

Tello el viejo.—Mirando en un pie

Y en otras cosas así,
Puedo daros lo que os dí,
Y otros muchos que os daré.

Id en hora buena, Aibar.

Aibar.—Tres mil años (y aún es poco)
Vivais.

Tello el viejo.—Id con Dios.

Aibar.—Voy loco.

Bato.—¡Tres mil! ¿Qué mas pudo dar
El mismo rey de Leon?

Aibar (*Ap. a Bato.*)—¿Qué te parece el ejemplo?

Bato.—Que quien a Dios labra templo,
Da beneficio a pension.

(*Vanse Aibar y Bato.*)

ESCENA VI

TELLO EL VIEJO

¡Cuán bienaventurado
Puede llamarse el hombre
Que con oscuro nombre
Vive en su casa, honrado
De su familia, atenta
A lo que mas le agrada y le contenta!
Sus deseos no buscan
Las cortes de los reyes,
Adonde tantas leyes
La ley primera ofuscan,
Y por el nuevo traje
La simple antigüedad padece ultraje.
No obliga poca renta
Al costoso vestido,
Que al uso conocido
La novedad inventa,
Y con pocos desvelos

Conserva la igualdad de sus abuelos.
No ve la loca dama
Que por vestirse de oro,
Se desnuda el decoro
De su opinion y fama,
Y hasta que el marco rompa,
La cuerda estira de la vana pompa.
Yo salgo con la aurora
Por estos verdes prados,
Aun antes de pisados
Del blanco pié de Flora,
Quebrando algunos hielos
Tal vez de los cuajados arroyuelos.
Miro con el cuidado
Que salen mis pastores;
Los ganados mayores
Ir retozando al prado,
Y humildes á sus leyes,
A los barbechos conducir los bueyes.
Aquí las yeguas blancas
Entre las rubias reses,
Las emes de Meneses
Impresas en las ancas,
Relinchan por los potros,
Viéndolos retozar unos con otros.
Vuelvo, y al mediodía
La comida abundante
No me pone arrogante;
Que no pienso que es mía,
Porque, mirando al cielo,
El dueño adoro con humilde celo.
Todos los años miro
La limosna que he dado
Y lo que me ha quedado,
Y diciendo un suspiro,
Viendo lo que se aumenta:
"Siempre me alcanza Dios en esta cuenta."
Voy á ver por la tarde,
Ya cuando el sol se humilla,
Por esta verde orilla,
El esmaltado alarde
De tantas arboledas,
Locos pavones de sus verdes ruedas;
Y, como en ellas ojos,
Frutas entre sus hojas,

Blancas, pálidas, rojas,
 Del verano despojos,
 Y en sus ramas suaves
 Canciones cultas componer las aves.
 Cuando la noche baja,
 Y al claro sol se atreve,
 Cena me aguarda breve,
 De la salud ventaja;
 Que, aunque con menos sueño,
 Mas alentado se levanta el dueño.
 De todo lo que digo
 Le doy gracias al cielo,
 Que fertiliza el suelo,
 Tan liberal conmigo;
 Porque quien no agradece
 La deuda al cielo, ni aun vivir merece.

ESCENA VII

LAURA, LA INFANTA, INES.—TELLO EL VIEJO

Inés (A Laura.)—Aquí está Señor.

Laura (A la Infanta.)—Bien creo
 Que se ha de alegrar de verte.

Infanta.—Tengo yo tan poca suerte,
 Que lo imposible deseo.

Laura.—Esta serrana, Señor,
 Que de Aibar criada ha sido,
 En tu nombre he recibido;
 Que muestra a tu casa amor,
 Y la habemos menester.

Tello el viejo.—¿Menester adonde hay tantas?

¡A qué cosas te adelantas!—

Id con Dios, buena mujer;

Que bostezos de señora

Tiene mi sobrina ya.

Viendo que la casa está

Con tanta familia agora,

¿Mas costa quiere añadir?

Laura.—¿Costa una pobre mujer

En tu casa puede hacer,

Y que te viene á servir?

Tello el viejo.—Pues ¿no es una boca mas?

- Laura.—Donde todo está sobrado,
¿Te da una mujer cuidado?
Pienso que enojado estás.
- Tello el viejo.—Laura, mira por la hacienda,
Pues es toda para tí.
- Infanta.—Doléos, Señor de mí;
No permitais que me ofenda
Tan grave necesidad,
Que se me atreva al honor.
Por pobre os pido favor,
Aunque tengo calidad.
De limosna habeis de hacer
Esto por Dios y por mí.
- Tello el viejo.—¿Por Dios decis?
- Infanta.—Señor, sí.
No me permitais perder.
- Tello el viejo.—Jamás por Dios he negado
Cosa que pudiese hacer.—
Laura... (Ap a ella.)
- Laura.—Señor...
- Tello el viejo.—La mujer
Con lágrimas me ha obligado;
Ella queda recibida.
Vístela para las fiestas,
De algunas cosas honestas,
Aunque no está mal vestida.
- Laura.—Yo buscaré qué la dar.
- Tello el viejo.—Si tuyo, Laura, ha de ser,
¿Qué me puede a mí deber?
Hazle un vestido sacar
Que cueste hasta cien ducados.
- Laura.—Pues tú, que darla temías
De comer donde estos días
Comen doscientos criados,
¿La mandas vestir así?
- Tello el viejo.—Laura, una cosa es guardar
Nuestra hacienda, y otra es dar:
Lo que he guardado le dí.
- Laura.—No habrá vestido en la sierra
Que a tanto pueda llegar.
- Tello el viejo.—Pues bien la puedes comprar,
A la usanza desta tierra,
Arracadas y corales;
Que muestra ser bien nacida.
- Laura.—Juana, ya estás recibida.

Infanta.—Esas manos liberales
 Beso mil veces, Señor.
 Tello el viejo.—Id en buen hora, y guardad.
 En todo la honestidad
 Que merece vuestro honor.
(Vanse las mujeres.)

ESCENA VIII.

TELLO EL VIEJO.

En mi vida, aunque tratase
 A quien jamás conociese,
 Hice bien que le perdiese,
 Ni mal que no me pesase.
 O mal o bien lo emplease,
 Siempre de hacer la virtud
 Resultó al alma quietud;
 Aunque conozco también
 Que del sol del hacer bien
 Es sombra la ingrátitud.

ESCENA IX.

TELLO, MENDO.—TELLO EL VIEJO.

Tello.—Cansado estoy.
 Mendo.—Has jugado
 Dos horas largas y más.
 Tello.—Señor me vió.
 Tello el viejo.—¿Dónde vas?
 Tello.—A vestirme voy, cansado
 De jugar un desafío
 Con dos mozos montañeses.
 Tello el viejo.—¡Es, por vida de Meneses,
 Tu cuidado el propio mío!
 ¿Qué jubon es ese, Tello?
 Tello.—¿Nunca has visto este jubon?
 Tello el viejo.—¡Bravas tus locuras son!
 Tente. ¡Una cadena al cuello!
 ¿Qué te costó?

Tello.—No lo sé.

Basta que yo he pagado.

Tello el viejo.—Si de lo que has trabajado.

Tello.—No poco trabajo fue.

Mendo (*Ap.*)—Bien dice, pues que sacamos

A cuestras cuarentas hanegas

De trigo.

Tello el viejo.—A locuras llegas,

Que has de hacer que nos perdamos.

¿Perdiste al juego?

Tello.—Perdí.

Tello el viejo.—¿Cuánto?

Tello.—Cien reales no mas.

Tello el viejo.—¿No mas? ;Qué gracioso estás!

Tello.—Esto ¿que te importa á tí?

Tello el viejo.—Pues ¿a quién le ha de importar

Si á mí no me importa, loco?

Tello.—Cosas dices!...

Tello el viejo.—Poco á poco.

Tello.—¿Aun no me dejas hablar?

Tello el viejo.—Ten, en hora mala, seso.

¡Cien reales!

Tello.—¿Desto te enojas?

Tello el viejo.—Y las mejillas ;muy rojas

Del sudor y del exceso!—

Vé, Mendo, y á Laura di

Que una camisa le dé;

No se resfrie. (*Vase Mendo.*)

Tello.—No haré,

Si estoy delante de tí,

Que me haces sudar de pena.

Tello el viejo.—Falta te harán los cien reales.

Tello.—Sí harán, porque mis iguales

No han de pedir cosa ajena.

Tello el viejo.—Vén por mil á mi aposento.

Tello.—Mil años vivas, Señor.

(*Vase Tello el viejo, y vuelve Mendo.*)

¡Mil reales! ;Qué extraño humor!

Y siente que pierda ciento.

Mendo.—De trigos se los ahorra.

Tello.—Perdone ó de sí me aparte;

Que yo no tengo otra parte

Que mis fortunas socorra.

(*Sale Mendo.*)

ESCENA X

LA INFANTA, con una camisa doblada en un azafate.—TELLO

Infanta (Ap.)—Querer mi honor resistir

Mi fortuna es desvarío,

Si el primer servicio mio

Es á quien pensaba huir.

Dióme esta camisa Inés

Para Tello, aquel travieso

Mozo de tan poco seso,

Que destas montañas es

El Júpiter, el Narciso,

El galan, el robador...

—Mas ya me ha dado el temor

De su condicion aviso.

¡Ay Dios! Allí está... si es él.

Pero es fuerza que lo sea.

¡Buen talle! ¿Quién hay que crea

Que habrá mal término en él?

¡Gentil aire! No parece

De sangre humilde aquel brio.

Tello.—¿Quién habla aqui?

Infanta.—Señor mio,

Quien desde agora os ofrece

Una criada, añadida

A las muchas que teneis.

Tello.—¿Vos servis?...

Infanta.—Pues ¿no lo veis?

Tello.—¿O venis á ser servida?

¿De dónde sois?

Infanta.—¿Yo, Señor?

De Castilla.

Tello.—¿De qué tierra?

Infanta.—De Zamora.

Tello.—Y ¿á esta tierra

Venis á servir? ¿Fué amor?

Que este tiene gran poder,

Mayormente en la hermosura.

Infanta.—Siempre he vivido segura

De querida y de querer.

Fué pura necesidad;

Pero tengo algun valor,
Y no era justo, Señor,
Que mujer de calidad
Sirviera en su propia tierra;
Que algun tiempo fui servida,
Y por no ser conocida
Vengo á servir á la sierra.

Tello.—¿No hubo desde Zamora
A Leon gente ninguna
Que os hablase y viese?

Infanta.—Alguna
Que en tantos lugares mora,
Y mucha que caminaba.

Tello.—Y ¿eran ciegos?

Infanta.—No, Señor.

Tello.—Y ¿á nadie le dijo amor
Que en vuestros ojos estaba?

Infanta.—¿Qué amor?

Tello.—¿No sabeis lo que es?

Infanta.—No, cierto.

Tello.—Moveisme á risa.

Infanta.—Ponéos, Señor, la camisa;
Que así me lo dijo Inés.

Tello.—Es amor una pasion
Que se engendra de los ojos,
Que ciertos vapores rojos
Levantán del corazón;
Los cuales naturalmente
Suben y intentan salir:
Por eso es fuerza acudir
A los ojos como a fuente.
Miran la persona amada,
Y como es el corazón
Su patria, aunque ajenos son,
Como propia les agrada.
Pero, como en ella están
Con violencia sus enojos,
Vuelven a burcas los ojos,
Por donde a los otros van.
Entran en quien los envía,
Y en el camino encontrados,
Son cometas abrasados
Que encienden la fantasía;
Con la cual el corazón
Se mueve, y el movimiento

Engendra el dulce elemento
 De aquella imaginación.
 Considerad (si os admira,
 O me he declarado mal)
 El aliento en el cristal
 De un espejo que se mira;
 Que desta manera son
 Estos espíritus rojos
 En el cristal de los ojos,
 Espejos del corazón.

Infanta.—Yo, Señor, como villana,
 No entiendo filosofías;
 Que hasta en las palabras mías
 Voy por la senda más llana.
 No hay en mi tierra ese amor,
 Ni espíritus que le formen;
 Basta que dos se conformen,
 Que es lo que entiendo mejor;
 Que si alguno con mal fin
 Con espíritus mirara,
 El cura se los sacara
 A puro hisopo y latín.
 Advertir que habeis jugado,
 Y que os podéis resfriar.

Tello.—Antes me temo abrasar
 Que morir de resfriado;
 Que ya he visto en vuestros ojos
 El fuego en que me abrasáis.

Infanta.—Tenéos, Señor, no me deis
 Con los espíritus rojos;
 Que se me pueden entrar
 Al corazón si es así,
 Y temo que no haya aquí
 Quien me los pueda sacar.

Tello.—No sé si pueda creer
 De tu estilo y tu presencia,
 Que es segura tu inocencia.

Infanta.—Pues ¿en qué lo echáis de ver?

Tello.—En que cuando estás hablando

Tienes traidora la risa;
 Infanta.—Ponéos, Señor, la camisa;
 Que me estarán aguardando.

Tello.—¿Cómo te llamas?

Infanta.—¿Yo? Juana.

Tello.—Juana, seamos amigos;

Que a no temer los festigos...
 —Pero venme a dar mañana
 Esa camisa; que agora
 No me la quiero mudar.
 Infanta (Ap).—Yo me vuelvo en ca de Aibar.
 Tello.—Oye...
 Infanta.—¡Señora... señora!...

ESCENA XI.

LAURA, INES. *Dichos.*

Laura.—¿Qué es esto?
 Tello.—¿Qué puede ser?
 ¿No me envías esta moza
 Con la camisa?
 Laura.—Y retoza
 La burra en el alcacer.—
 ¿Quién la camisa te dió? (A la Infanta.)
 Infanta.—Inés, Señora.
 Laura (A Inés).—¿Doyte la camisa a tí,
 Que estaba ocupada yo,
 Y darla a estotra, que apenas
 Ha entrado en casa?
 Inés.—¿Qué quieres?
 ¿Todas no somos mujeres?
 Laura.—Sí; pero hay malas y buenas,
 Y a ésta pueda la ocasión,
 Aunque sea buena, hacer mala.
 ¿No había Silvia o Pascuala?
 Tello.—No tienes, Laura razón
 En tenerme en poco a mí,
 Que sabes que tuyo soy.
 Aunque más culpa te doy
 En desconfiar de tí;
 Que con tu merecimiento
 Nadie se puede igualar.
 Laura.—Tello, por el mar de amar
 Navega mi pensamiento,
 Y ya sabes tú que celos
 Son las tormentas de amor.
 Tello.—Ofendes, Laura, tu honor,
 Y eres ingrata a los cielos.

Laura.—Juana, si has de estar aquí,
 Con Tello no has de hablar más;
 Sólo aquello en casa harás
 Que yo te mandara a tí.
 ¿Haslo entendido?
 Muy bien,
 Y eso mismo quiero yo.

Laura.—Pues esto basta.

Tello.—Yo... (*Ap. No.*)

Laura.—¿Qué dices?

Tello.—Que yo también.

Laura.—Entra a mudarte.

Tello.—Ya es tarde.

Laura.—No quiero que estés aquí.

Tello. (*Ap*)—¡Ay ojos! ¿para qué os vi,
 Si ha de haber quien siempre os guarde?
 (*Vanse todos, menos la Infanta.*)

ESCENA XII.

LA INFANTA.

Admiración me ha causado
 El talle y la discreción
 De Tello: prodigios son
 Y monstuos de un monte helado.
 Si aquí me hubiera criado,
 O su igual nacido hubiera,
 Presumo que me pudiera
 Obligar a algún amor;
 Porque he visto en él valor
 Que para un príncipe fuera.
 No por esta variedad
 Es bella naturaleza;
 Que es dar ingenio y belleza
 Donde falta calidad,
 Error de su dignidad,
 Si en ella le puede haber.
 ¡Qué estilo de proceder!
 Pero ¡ay Dios! ¿en qué pensaba?
 Necia estoy; que quien alaba
 No está lejos de querer.
 ¡Cuántos que en las cortes nacen,

Envidiaran el valor
 De un hijo de un labrador,
 Que ilustre sus partes hacen!
 O acaso me satisfacen,
 Por ver que a lucir se alienta,
 Donde apenas hay quien sienta;
 Que a quien donde no pensó,
 Mas que imaginaba halló,
 Cualquier cosa le contenta.

ESCENA XIII.

TELLO EL VIEJO, FORTUN.—LA INFANTA.

Tello el viejo.—Mucho me pesa de veras,
 Fortun, en fortunas tantas.

Fortun.—Fianzas me han puesto así.

Tello el viejo.—¡Qué mal no han hecho fianzas!

A muchos he dado hacienda
 De la que tengo, a Dios gracias;
 Mas no he fiado a ninguno.
 Pero mirad las mudanzas
 De la dicha de los hombres;
 Toda vuestra hacienda os sacan
 Con dos dedos de papel,
 Y a mí me escribe esta carta
 El Rey.

Fortun.—Pues ¿a vos el Rey?

Tello el viejo.—Llevamos esta ventaja

Los ricos aun a los reyes,
 Que nos escriben y llaman
 Si tienen necesidad.—
 ¿Aquí estás, Juana?

Infanta.—Aquí estaba

A ver si me mandas algo.

Tello el viejo.—Tello luego me llama.

Infanta.—Perdonad, Señor, no puedo;

Porque me ha mandado Laura
 Que jamás hable con él,
 Pena de perder tu casa.

Tello el viejo.—¡Qué necios celos! ¡Qué presto!

Fortun.—Si quiere casarse Laura,
 No los tiene sin razón;

Que puede dárselos Juana.
En casa de Aibar la vi,
Y es muy honesta.

Tello el viejo.—Eso basta;
Que tengo por imposible
Que la honesta yerre en nada.—
Llama a Mendo.

Infanta.—Está en el monte.

Tello el viejo.—Pues haz que cualquiera vaya
A buscar a Tello luego. *(Vase la Infanta.)*

ESCENA XIV.

TELLO EL VIEJO, FORTUN.

Tello el viejo.—En fin, de vuestras desgracias
Tengo, como amigo, pena;
Y el modo de remediarlas
Es que os lleveis mil ovejas
De la más fértil manada;
Y si salís destes pleitos,
Y tenéis con qué pagarlas,
Me las volveréis; si no,
Quédense, Fortun, por dadas.

Fortun.—Besaros quiero los pies.

Tello el viejo.—Eso para el Rey o el Papa;
Que más os debo yo a vos,
Que me habéis dado la causa
Para daros las ovejas,
Que vos a mí con tomarlas.

ESCENA XV.

SANCHO, BENITO, *con una pelleja.*—*Dichos.*

Sancho.—Entra, no tengas temor.

Benito. *(Ap.)*—Más temo aquella cayada
Que la vara de un alcalde,

Pues no ejecuta la vara

Tan presto lo que sentencia.

Tello el viejo.—¿Qué es eso, Sancho?

Sancho.—No es nada.

Dice Benito que un lobo
Le comió ayer una cabra,
Y aquí te trae el pellejo.

Tello el viejo.—¡Qué disculpa tan cansada!

Júntanse cuatro serranos,
La que les parece matan,
Y ponen la culpa al lobo.
Escrito trae en la cara
(Aunque con poca vergüenza)

Lo que comió de la cabra.

Benito.—No, Señor. (*Ap.* En la barriga.)

Tello el viejo.—Ahora bien, su soldada

Se le descuente; que el lobo
Ni es mi pastor ni es mi guarda.

Benito.—Si los perros se descuidan,
¿Quiéres tú que solo salga
Contra animal tan feroz?

Tello el viejo.—No me repliques palabra,
Que ¡vive Dios!...

Benito.—¡Ay!

Fortun.—Teneos.

Daisme mil ovejas dadas,
Y ¡en una cabra mirais!

Tello el viejo.—¿No veis que aqueste me engaña,
Y vos venis á pedirme?

ESCENA XVI

LA INFANTA, TELLO.—*Dichos*

Infanta.—Aquí está Tello.

Tello.—¿Qué mandas?

Tello el viejo.—Tello, el Rey me ha escrito.

Tello.—¿A tí?

Tello el viejo.—¿Es mucho? ¿De qué te espantas?

Veinte mis ducados pide.

¿Parécete que es sin causa?

Tello.—La necesidad te escribe,

Que en la guerra de Navarra

Y la del moro le aprieta.

Tello el viejo.—Con el moro se trataba

Darle al Elvira, y como Elvira,

La desesperada Infanta
 (Que así la llaman los versos,
 Que hasta los muchachos cantan),
 Se mató, como se dice,
 Tarfe ha juntado las armas
 De sus amigos, y quiere
 Que del alto Guadarrama
 La blanca nieve enrojezcan
 Aljubas de seda y grana.
 Tú has de ir a Leon.

Tello.—¿Yo?

Tello el viejo.—Sí, que es digna esta jornada
 De tu persona; que yo,
 Como sabe esta montaña,
 No entré en mi vida en la corte,
 Ni he visto sus anchas plazas,
 Sus palacios ni sus reyes;
 Pero ninguno me gana
 En el amor y lealtad.

Tello.—Pues ¿á qué quieres que vaya?

Tello el viejo.—Besarás la mano al Rey,
 Y llevarásle una carta
 Con cuarenta mil ducados:
 Los veinte que el Rey me manda,
 Y veinte que yo le doy.

Tello.—¿Veinte mil veces bien haya
 Tu condicion generosa!

Tello el viejo.—Tello, ¿su hacienda no gastan
 Los hombres por sus amigos,
 O se pierden por fianzas?
 Pues ¿qué amigo como el Rey?
 Oye aparte.

Tello.—¿Qué me mandas?

Tello el viejo.—¿Tienes aquel vestidillo,
 Con que ir á Leon pensabas
 Cuando yo te lo estorbé?

Tello.—Sí, Señor.

Tello el viejo.—Para que vayas
 Con él; porque no gastemos
 En hacerte nuevas galas.

Tello.—Gracia tienes. Das al Rey
 Tanto dinero, y ¡reparas
 En un vestidillo mio!

Tello el viejo.—Luego ¿con el Rey te igualas?—
 Vamos, Fortun, y ayudadme

A contar este oro y plata.
 Fortun.—A la fe que como vos
 Pocos montañeses nazcan.
 (*Vanse Tello el viejo, Fortun, Sancho y Benito.*)

ESCENA XVII

TELLO, LA INFANTA

Tello.—Espera, Juana.
 Infanta.—¿Qué quieres?
 Tello.—Hablarle media palabra.
 Infanta.—Y ¿si la dices entera?
 Tello.—Si la digo, que no valga.
 Infanta.—Di presto.
 Tello.—Tus bellos ojos
 Me tienen cautiva el alma.
 Infanta.—Mas has dicho de catorce.
 Véte, que nos mira Laura;
 Que yo te hablaré después.
 Tello.—Por la primera esperanza,
 Beso tu mano mil veces;
 Que á la fe que yo te traiga
 De Leon...
 Infanta.—Quedo, que viene. (*Vase Tello.*)
 ¿Qué necio amor me amenaza!

ESCENA XVIII.

MENDO, con unas alforjuelas.—LA INFANTA

Mendo. (*Para sí.*)—Pues yo no pierdo el juicio,
 No sé para qué le guarda
 Alguna poca prudencia
 O alguna muchá ignorancia.
 Cavando estaba en el monte,
 Cuando a los pies de una zarza
 Me descubre el azadón
 Tanto bien, riqueza tanta,
 Que vengo fuera de mí.
 Esta vez conquisto a Juana...

¿Qué es a Juana? ;Voto al sol,
Que si estrellas fueran damas
Que alcanzara la estrellas!
Ella está aquí.

Infanta.—¿De qué tratas,
Mendo, en tu imaginación?
¿Qué tienes, que a solas hablas?

Mendo.—Yo, Juana, tengo mil cosas
En que pensar.

Infanta.—Los que andan
Con el ganado en los montes,
O en las viñas con la azada,
¿Tienen que pensar?

Mendo.—A veces
Cosas por los hombres pasan,
Que obligan a pensamientos
Y a tratar en cosas altas.
No es todo lo que parece,
Y si de tí me fiara,
Yo te dijera...

Infanta.—¿De Mí
Tienes tú desconfianza?

Mendo.—Eres mujer.

Infanta.—Las mujeres
Mejor los secretos guardan
Que los hombres.

Mendo.—A ser cierto,
Pocas hubiera preñadas.
Mas porque en algo me tengas,
Ya que con desdén me pagas,
Sabe, Juana, que soy hijo
De un gran señor de Alemania,
Que pasando en romería
A Santiago desde Francia,
Me dejó en cierta señora.
Criéme en esta montaña,
Sabiedo sólo el secreto
Una labradora honrada,
Que tiene toda mi hacienda.
Si por dicha fueras, Juana,
Bien nacida como yo,
Tal estoy, que me casara
Contigo; pero no es justo
Que si eres de gente baja,
Eche a perder mi linaje.

Infanta.—Soy tan nueva en esta casa,
Mendo, que yo no conozco,
Hasta que el trato lo haga,
Ni los cuerdos ni los locos,
Ni los humores que gastan.
¿Qué tú eras loco?

Mendo.—¿Yo loco?

Infanta.—Pues ¡tú señor de Alemania!

Mendo.—Del marqués Piérres soy hijo;
Y ya que el amor me manda
Descubirte mi secreto
(Advirtiéndote que si hablas
Serás causa de mi muerte),
Quiero que te satisfagas
De que es verdad lo que digo.

Infanta.—¿Con qué locuras me engañas!

Mendo.—¿Míranos álguien?

Infanta.—Ninguno.

Mendo.—Pues sólo en aquesta caja

Tengo...

(*Muestra la de las joyas de la Infanta.*)

Infanta. (*Ap.*)—¿Ay Dios! ¡qué es lo que veo!

Mendo.—Piedras y joyas tan raras,
Que puedo comprar la hacienda
De Tello.

Infanta.—Una sola basta.

Mendo.—Pues mira.

Infanta.—¿Qué hermosas joyas!

Mendo.—Pues tuyas serán si callas.

Casarémonos los dos,
Aunque me ha dicho mi ama
Que por los caniculares
Ningún discreto se casa.
Mas no importa, yo soy mozo.

Infanta.—(*Ap.* Aquí es ocasión que valga

La industria a la buena dicha.)

Mendo, yo no imaginaba
Que eras hombre de valor;
Pero por la confianza
Que has hecho de mí, yo quiero
Pagarte con otra tanta.
No es la infanta de León
Mejor que yo; historias largas
Quieren tiempo; bien sé yo
Que en nobleza no me igualas.

Con más espacio hablaremos.
 Pero mira que no traigas
 Tan públicas esas joyas,
 Y que yo podré guardarlas.
 Mendo.—Hablémonos esta noche;
 Que yo haré lo que me mandas.
 Infanta.—No me tengo de ir sin ellas.
 Mendo.—Jura que no dirás nada.
 Infanta.—A mí me importa.
 Mendo.—Pues toma,
 Y dame esa mano blanca.
 Infanta.—¿Qué puedo negarte, Mendo?
 Mendo.—¿Quiéresme?
 Infanta.—¿No es cosa clara?
 Mendo.—¿Mucho?
 Infanta.—Y más que mucho.
 Mendo.—¡Ay, cielos!
 Víctor, Mendo.
 Infanta.—Víctor, Juana.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

TELLO EL VIEJO, TELLO, MENDO.

Tello el viejo.—¿Qué tan bien te recibí?
 Tello.—No te puedo encarecer,
 Señor, el gusto y placer
 Que el Rey de verme mostró.
 Mendo.—Pues ¿a quién llevan dinero,
 Que reciba mal a quien
 Se lo lleva?
 Tello el viejo.—Dices bien,
 Y agradecértelo quiero;
 Que en un librito he leído
 Que en un jumento llevaban
 Una diosa que adoraban
 Con el respeto debido
 Los que la van pasar,
 Hincándose de rodillas;

Cuyas altas maravillas
Pudo el jumento pensar
(Cono en fin era jumento)
Que eran por él, y paróse.
Viéndolo el dueño, enfadóse
Del soberbio pensamiento,
Y pegándole muy bien,
Le dijo con voz furiosa:
"No es a tí, sino a la diosa";
Que es esto mismo también.
Y así, pidiendo primero
Del compararte perdón,
Las honras del Rey no son,
Tello, a tí, sino al dinero.

Tello.—Como quiera que haya sido,
Yo he sido del Rey honrado,
Y él con los dos se ha mostrado
Liberal y agradecido.
Celebró la carta, y dijo
No sé qué de mi persona:
Todo en efecto lo abona
El valor de ser tu hijo.
"No he visto menos renglones,
Dijo, ni más voluntad".

Mendo.—Dijo el Rey mucha verdad,
Si eran las obras razones.

Tello.—Informóle un caballero
De tí por discreto modo,
Y sabiendo que eras godó,
Te hizo su tesorero,
En muestra de sus deseos.
Y no es poca maravilla;
Porque en León y en Castilla
Se usa tenerlos hebreos,
Por ser en esta ocasión
Los más poderosos hombres,
Y dar diferentes nombres
A oficios de estimación.
Repliqué: "Si vos le hacéis
A Tello señor de España,
No vendrá de su montaña:
Mal su condición sabéis".
Y dijo: "Si ser señor
De su montaña desea,
Señor de su tierra sea".

Tello el viejo.—Aún eso me está mejor;
Pero, puesto que me obliga,
Como es razón que lo entienda,
El darme mi propia hacienda
Es casarme con mi amiga.

Tello.—Horca y cuchillo tenéis
Desde hoy.

Tello el viejo.—¡Brabo favor!

Mendo.—Hagamos cuenta, Señor,
Aunque poco me debéis;
Que no quiero que algún día,
Si tenéis jurisdicción,
Con razón o sin razón,
Por alguna falta mía,
Uséis desas facultades.

Tello el viejo.—¿Soy yo falto de juicio?

Mendo.—Por ocupar el oficio
Hareis dos mil necesidades.

Tello el viejo.—Mendo, oyendo tu razón,
Conozco (aunque para honrallos)
Que soy señor de vasallos
En que ya tengo bufón.

Mendo.—También es cosa asentada,
Si lo señor te tocó
Que soy virtuoso yo
En que no me has dado nada.

Tello.—Oye también mis mercedes.

Tello el viejo.—¡Generosa condición!

Tello.—Alcaide soy de León.

Tello el viejo.—No sé, Tello, cómo puedes,
Sin casarte.

Tello.—Ya te entiendo.

Tello el viejo.—¡Qué presto que nos pagó
Tú el llevarlo, el darlo yo!
Los reyes honran pidiendo,
Y es temeraria bajeza
De un vasallo dilatar
Lo que le mandaron dar
Dios y la naturaleza.

Tello.—Finalmente, el Rey quería
Que tú le fueses a ver;
Mas viendo que no ha de ser,
Dijo: "Pues yo iré algún día
A visitarle a su casa,
Que le quiero por amigo".

Tello el viejo.—Eso sí, venga; que os digo
Que no le se muestre escasa.

Voymè a poner de señor.

Mendo.—Pues cierto que, bien mirado,

Que tienes algo mudado

Después de aqueste favor.

Tello el viejo.—Oficios mudan las caras?

Mendo.—Y aun las almas.

Tello el viejo.—Ven conmigo.

(*Vanse Tello el viejo y Mendo.*)

Tello.—Amor, de mi mal testigo,

Si en mis cuidados reparas,

¿Cómo me dilatas, di,

El premio de tanta ausencia?

ESCENA II.

LA INFANTA.—TELLO

Infanta. (*Ap.*)—Como ve la resistencia,

Hace amor suertes en mí.

¿Quién pensara que sintiera

La ausencia de un hombre yo,

Y que en viendo que volvía,

Tan necia a verle viniera?

Mas ¡ay Dios!

Tello.—¿Qué dicha mía,

Juana, a mis ojos te ofrece?

Agora sí que amanece,

Porque sin el sol no hay día.

¿Qué largos son en León!

Era un siglo una mañana,

Sí es reloj del tiempo, Juana,

La propia imaginación.

Déjame verte; que quieren

Mis ojos satisfacer

Lo que han faltado de ver,

Pues verán mientras te vieren;

Que no viéndote, no vieron.

Infanta.—¡Buen modo de encarecer,

Después que vienen de ver

Todo lo que ver quisieron!

Tello.—Yo, mi bien, ¿qué vi sin tí?

Infanta.—¿Yo tu bien?

Mendo (*Ap.*)—Esto va bien.

ESCENA III.

Mendo, *que sale sin que le vean.*—*Dichos.*

Tello.—Tú, mi bien; que ni ellos ven
Sin tí, ni yo vivo en mí.

Infanta.—Como vienes cortesano,
Ya te enseñas a mentir.

Mendo.—*(Ap.)*—¡Qué bien se deja venir
El jilguerito a la mano!

Infanta.—Dios sabe, Tello, los miedos
Que tu ausencia me causó.

Tello.—¿Esperábasme?

Pues ¿no?

Mendo.—*(Ap.)*—Aderézame esos bledos.
¡Vive Dios, que soy perdido!

Tello.—¡Ay, Juana!

Mendo.—*(Ap.)*—¡Ay rollo!

Tello.—¿Qué haré?

¿Cómo, mi bien, bajaré

Desde señor a marido?

Que conozco tu virtud,

Y me ha dicho tu valor

Que has de volver por tu honor.

Mendo.—*(Ap.)*—Templando se va el laud.

Infanta.—Si el traje te escandaliza,

Yo sé quién es desigual.

Mendo.—*(Ap.)*—Ya pide este huevo sal,

Pues que suda en la ceniza.

Tello.—¡Oh, qué traigo de León

Para adorno a tu hermosura,

Si bien oro y plata pura

Cosas inútiles son!

Mas finalmente verás

Una sarta de corales,

Aunque a tu labios iguales,

No serán corales más;

Que estarán cuando los venza

De su esmalte el vivo ardor,

O de envidia sin color,

O más rojos de vergüenza.

De los extremos recelo,

Aunque son de oro también,

Que no son de precio en quien
Es toda estremos del cielo.
Cuatro arracadas de perlas,
De una esmeralda colgadas,
Dichosas y desdichadas,
Si honrarlas es deshacerlas.
Un Cupido de oro, a quien
Lleva enfrenado un león;
Tú entenderás la ocasión,
Juana, si me quieres bien.
Ricas granas y palmillas
Para sayas y sayuelos,
Color de celos o cielos.
No te truje zapatillas,
Y no fué sin advertencia;
Que dicen que es libertad
En principios de amistad
Ganarse tanta licencia.
Con esto sabrás que fué
Advertida cortesía;
Que quien zapatos envía,
Presume que ha visto el pie.
En premio desto te pido...
Mendo.—(Ap.—No pedirá ¡vive Dios!
Que yo apartaré a los dos.)
Señor, un hombre ha venido
De Leon en busca tuya.
Tello.—¿Hombre? Luego vuelvo, Juana. (Vase.)

ESCENA IV.

LA INFANTA, MENDO

Mendo.—¡Ah Juana, Juana inhumana,
Juana que el amor destruya,
Juana mudable y traidora,
Juana turca, Juana airada,
Juana, que, siendo criada,
Ya se levanta señora!
¡Juana corales y perlas,
Juana Cupido y palmillas,
Aunque no con zapatillas:
Tal miedo tuvo de hacerlas!

¡Oh, plega á tus piés ingratos
 Que crezcan de aquí á San Juan
 Tanto, que en un cordoban
 No haya para dos zapatos!
 ¡Ah falsa!

Infanta.—Déjame aquí;
 Que se lo diré á Señor. (Vase.)

ESCENA V

LAURA. — MENDO

Laura.—¿Qué es esto?

Mendo.—Celos y amor.

Mendo.—¡Celos y amor, Mendo!

Mendo.—Sí.

Laura.—¿Cúyos?

Mendo.—De los dos.

Laura.—¿Por qué?

Mendo.—Porque Tello declarado

Quiere á Juana.

Laura.—Mi cuidado

Cierto pronóstico fué.

Mendo.—Dos mil varas de palmillas

Le ha traído Tello á Juana,

Y por falta de badana

No le trujo zapatillas;

Treinta sartas de corales,

Dos mil perlas, cien Cupidos...

Laura.—¡La de los ojos fruncidos!

Lo honesta! Fiad de tales.

Pues ¡por vida de mi tío!...

Allá voy; aquí te espera. (Vase.)

Mendo.—¿Hay cólera, hay áspid fiera,

Hay toro, hay presa de río

Como celos en mujer?

Acabóse: yo he perdido

A Juana; mas justo ha sido,

Si Juana de otro ha de ser.

Laura.—Salid, honesta, salid.

ESCENA VI

LAURA, LA INFANTA, *con su ropa*, INES.—MENDO

Infanta.—Sin tanta furia, Señora;
Que yo no he sido traidora,
Y que soy noble advertid.

Laura.—¡Muy bien con esto se prueba!

Infanta.—Oye y no me culpes.

Laura. Calla.

Inés.—La ropa quiero miralla,
Para ver si algo me lleva.

Infanta.—No tienes que buscar mas.

Mendo (*Ap. á la Infanta.*)—Juana...

Mendo *Ap. á la Infanta.*)—Juana...

Infanta.—¿Qué quieres?

Mendo.—Ya ves

Que me quedo y que te vas;

Y pues te vas, no es razon

Que no me vuelvas mi caja.

Infanta.—¡Jesus, Mendo, y con ventaja!

Aquestas tus joyas son! (*Dale la caja.*)

Mendo.—Vête, Juana; que por ellas

Pareceré lindo á alguna;

(*Ap.*) Que está la buena fortuna

En dallas, digo en tenellas...

Que alguna me está mirando

Que por ellas me quisiera.

Infanta.—No me perturba y altera

Tu desprecio, imaginando

Que me quita la ocasion

De mayor desdicha mia;

Que ya Tello me tenia

Gran parte del corazon.

Adios, primér sentimiento

De mi desden; Tello, adios.) (*Vase.*)

ESCENA VII

LAURA, MENDO, INES

Mendo.—Ya estaréis libres las dos
De envidia y celos.

Laura.—Yo siento

La ausencia desta mujer;
Pero mas que me dé celos.

Inés.—Mendo andaba con desvelos;

Ya no tendrá que temer
Competencias de su amo.

Mendo.—Si tú á Sancho quieres bien,

No me preguntes á quién
Quiero bien, celo ó desamo.

ESCENA VIII

TELLO, *desatinado*.—*Dichos*

Tello.—¡Cómo! ¿A Juana? ¡Hay tal maldad!

Mendo (*Ap.*)—El loco rompió la gavia.

Tello.—Quien de esta suerte me agravia,

No me tienes voluntad.

¿Por dónde va? ¿Dónde fué?

Laura.—Tente, primo; ¿dónde vas?

Tello.—¿Quién es?

Laura.—Yo soy.

Tello.—¿Aquí estás?

Laura.—¿No me conoces?

Tello.—No sé;

Que ¡vive Dios!...

Laura.—¿En la daga

Pones la mano?

ESCENA IX

TELLO EL VIEJO.—*Dichos*

Tello el viejo.—¿Qué es esto?

Tello.—Que ha despedido por mí

A Juana, Laura, de celos.

Laura.—Luego ¿no tengo razon?

Tello el viejo.—Aunque la tengas, no has hecho,

Sobrina, lo que era justo.

Laura.—¿Qué era justo?

Tello el viejo.—Que primero

Me hablaras, y yo la diera

Algo para su remedio.—

Y tú ¿por qué la inquietabas?

Tello.—Yo no soy hombre que tengo

Pensamientos tan humildes.

Tello el viejo.—¿Tendrás otros pensamientos,

Desde alcaide de Leon

A esta parte? Ahora bien, quiero

Hacer que vayan tras ella.—

Y tú no te inquietes, Tello. (Vase.)

ESCENA X

TELLO, LAURA, INES, MENDO

Laura.—No la verán mas tus ojos.

Tello.—¿Cómo que no? Ensilla, Mendo,

El overo; que no fio

De mi padre.

Laura.—Iré yo luego

A decirle que te vas.—

Vén, Inés. (Vanse Laura é Inés.)

Tello.—Ensilla presto.

Mendo.—Ya, Señor, voy á ensillar. (Vase Tello.)

ESCENA XI

MENDO

Antes que saque el overo,

Quiero visitar mis joyas,

Porque de su luz espero

Consolarme de la ausencia (Abre la caja.)

De Juana. ¡Ay cielos! ¿Qué es esto?

¡Vive Dios, que es un cordel

Que me deja para el cuello!
 ;Linda cadena! ;Oh qué joya
 Para un maldiciente necio!
 ;Para quien sin saber nada
 Habla en todo á todos tiempos!
 ;Oh Juanilla! Oh Juana! Oh sierpe!
 Oh pícara! A ensillar presto...
 —Pero mejor fuera á mí,
 Pues que fuí mayor overo. (Vase.)

Campo

ESCENA XII

LA INFANTA

Donde mi fortuna quiere,
 Con inciertos pasos voy,
 Fugitiva de mi misma:
 Consejo de la razon.
 En la paz que yo pensaba
 Hallé la guerra mayor,
 En el sagrado el peligro,
 Y en el miedo la ocasion.
 ;Qué pensó mi pensamiento,
 Cuando, siendo yo quien soy,
 Llevó mi memoria á Tello
 Y á su amor mi inclinacion?
 Nadie de los ojos fie:
 Qué al más levantado honor,
 Si no los cierra con llave,
 Le harán cualquiera traición.
 De grande peligro salgo,
 Pues con ver que libre estoy,
 Sospecha el temor que tengo
 Qué le dejo el corazón.
 Mas dice mi valor
 Que en los principios se resiste amor.
 Pensó Laura que vengaba
 De sus celos el rigor,
 Y dióme Laura la vida;
 Que la ocasion me quitó.
 Aunque lágrimas me cuesta,

Ninguna culpa le doy;
Mejor es perder a Tello
Que no que me pierda yo.
Si fuera aquel mozo ilustre,
Discupara amor mi error;
Pero, criado entre ovejas,
No es bueno para león.
Sangre del godo Rodrigo
Dicen que el tiempo le dió,
La buena persona al cielo,
Y el rey Pelayo el blasón;
Partes constituyen dignas
Pará amarle; mas ¡ay Dios!
Que dice el amor que sí,
y el Rey, mi padre, que no,
Y en esta confusión
Huye la honra y se detiene amor.

ESCENA XIII

TELLO.—LA INFANTA

Tello. (*Dentro.*)—Ten este caballo, Mendo;
Que allí la he visto.

Infanta.—¡Ay de mí!

(*Sale Tello.*)

Tello.—¿Dónde vas, Señora, así?

Infanta.—Más que despedida, huyendo.

Tello.—¿De quién?

Infanta.—De tí.

Tello.—No lo entiendo,

Pues que me llevas contigo.

Infanta.—De un poderoso enemigo

Voy huyendo.

Tello.—¿Quién?

Infanta.—Amor.

Tello.—Si es amor, ¡tanto rigor,

Tal crueldad, tanto castigo!

Vuelve, vuelve; que me envía

Mi padre por tí.

Infanta.—No puedo,

Tello; que me ha dado miedo

Mi flaqueza y tu osadía.

- Tello.—Pues ¿de qué descortesía,
 Juana, te puedes quejar?
 ¿Es más que morir y amar
 Esta de mi amor locura?
 Si fué culpa tu hermosura
 ¿En qué me puedes culpar?
- Infanta.—Tello, yo no he de volver...
 Por causas que tú no sabes.
- Tello.—Ya he visto en tus ojos graves
 Que eres principal mujer.
 ¿De callar y padecer,
 Juana hermosa, te agraviaste?
 De honesto amor te cansaste?
 Déjame no más de verte;
 Mira que vengo a la muerte,
 De un hora que me dejaste.
 ¿Qué será, Juana, de mí
 Si no vuelves?
- Infanta.—No, en mi vida.
- Tello.—Ya está Laura arrepentida;
 Ella me envía por tí.
 Dicen que la culpa fuí...
 Vuelve, Juana, por mi honor;
 Que mi padre con rigor
 Me ha reñido tan extraño,
 Que has de ir por su desengaño,
 Si no que es por mi amor.
- Infanta.—¿Cómo quieres tú que viva
 Adónde Laura se abrasa?
- Tello.—Tú serás, Juana, en mi casa
 Paloma con verde oliva.
 No permitas, vengativa,
 Que lo pague mi inocencia;
 Vuelve á honrar con tu presencia
 El oriente donde fuiste
 Sol; que de sombras le viste
 La soledad de tu ausencia.
 ¿Podrás tú, mi bien, sufrir
 Que muera sin culpa yo?
 Porque Laura te ofendió,
 ¿Me tengo yo de morir?
 ¿Adónde te quieres ir
 Con esos pobres despojos,
 Que no te den mil enojos,

Y por el hurto te prendan
De un alma, por mas que emprendan
Negarlo tus dulces ojos?
¿Dónde irás sin que por ello
Te injurien? ¿Quién te ha de ver,
Que no diga: "Esta mujer
Se lleva el alma de Tello"?
Si de la planta al cabello
Laura envidia tu hermosura,
Muera Laura en su locura,
Piérdase Laura, no quien
Te estima y te quiere bien
Con fe tan honesta y pura.
¿Cómo, dime, negarás,
Si te prenden, que me llevas
El alma, en llegando á pruebas
De que tan hermosa estás?
Luego mas acertarás
En volver donde me has muerto,
Porque es sagrado mas cierto
Para excusar el castigo;
Pues mientras estás conmigo,
Tendrás el hurto cubierto.
Que estando los dos allí,
Pues tú mi alma has de ser,
Ninguno echará de ver
Que estoy sin la que te di.
Viviré yo, Juana, en tí,
Aunque sin alma, no ausente;
Que quien ama, si no miente
(Porque hay amar y fingir),
Eso deja de vivir
Que deja de estar presente.
Infanta.—¿Qué de manera de engaños!
Qué de suertes de invenciones,
Si de tus dulces razones
No resultaran mis daños!
Ejemplos y desengaños
Me aconsejan que me aparte
Pero, ¿dónde o en qué parte,
Pues quise, siendo mujer,
No digo, Tello, querer,
Sino querer escucharte?
Si las aves no pusieran
El oído a la traidora

Voz que engaña y enamora,
 Nunca en la liga cayeran;
 Si a mí no me enternecieron
 Los encantos de tu canto,
 Tarde me rindieras tanto.
 —Ahora bien, yo soy mujer.

Tello.—¿Qué dices?

Infanta.—Que esto es volver,
 Aunque de serlo me espanto.

Tello.—Pues ven, mis ojos; que allí
 Mendo está con el caballo.

Infanta.—¡Ay, Tello! obedezco y callo;
 Que manda otro dueño en mí.

Tello.—¿Vuelves con tu gusto?

Infanta.—Sí;
 Pero en fe de tu valor,
 Que respetarás mi honor.

Tello.—La luz que en tus ojos veo,
 Sabrá tener el deseo
 Y reportar el amor. (Vanse.)

Sala en casa de los Tellos

ESCENA XIV

TELLO EL VIEJO, LAURA, INES

Tello el viejo.—¿Estás loca?

Laura.—Loca estoy;
 Y tú lo pareces más,
 Pues tal licencia le das.

Tello el viejo.—Yo ¿qué licencia le doy?

Laura.—Tello ¿no es ido por Juana
 Con tu licencia?

Tello el viejo.—El se fué;
 Porque yo a Sancho envié,
 Y no a Tello, esta mañana.

Laura.—Si Tello tiene mujer,
 Y tú nuera, dime, tío,
 ¿Esperar no es desvarío
 A que yo lo venga a ver?

Tello el viejo.—Tello, por hacerme gusto,
 Aunque sin pedir licencia,

No porque siente su ausencia
Ni para darte disgusto,
Fué por Juana; y no hay razón
Que digas que es su mujer;
Porque ¿cómo lo ha de ser
Sin calidad? Que no son
Tan bajos los pensamientos
De Tello.

Laura.—Ahora bien, yo soy
Desdichada y yo me voy;
Que, amores o casamientos,
No los tengo de sufrir.

Tello el viejo.—¿Dónde vas?

Laura.—En cas de Aibar.

Tello el viejo.—¿En cas de Aibar?

Laura.—A llorar...

Y a serville.

Tello el viejo.—¿Tú a servir?

Quien manda treinta criadas,

¿Ha de servir?

Laura.—¿Qué he de hacer,

Si Tello tiene mujer?

Tello el viejo.—Necedades excusadas,

Mi sobrina, ¿para quién

Es mi hacienda?

Inés.—Mendo viene,

Y escrito en los ojos tiene

Que no ha sucedido bien.

ESCENA XV

MENDO.—Dichos.

Mendo.—Buenas nuevas.

Tello el viejo.—¿Pareció?

Laura.—Mejor de otra suerte fuera.

Mendo.—Pareció Juana en un bosque,

Cuyas floridas riberas

Cubren dos mansos arroyos,

Más que de cristal, de arena;

Que ellos propios la levantan,

Riñendo donde se encuentran.

Vióla Tello, y arrojóse

Del caballo: así las riendas,
 Y estuvímonos los dos,
 El: contemplando la yerba,
 Y yo de los dos hallados
 Satisfacciones y quejas.
 Juana volver no quería;
 Que dice que la atormentan
 Celos de Laura, y mi amo
 La obligaba hasta vencerla;
 Si bien es verdad, Señor,
 Que las mujeres discretas
 Obran lo que menos dicen,
 Quieren lo que mas desean.
 En fin, por fuerza o por gusto
 (Que esto de alegar la fuerza
 Las mujeres es lo mismo
 Que dar la disculpa de Eva),
 Entre los dos la pusimos
 En las ancas. La destreza
 De Tello a lo cazador
 Se vió, pues sin ofendella
 Subió gallardo en la silla;
 Pero, dejando la senda
 Que viene a casa, del bosque
 Siguió la inculta maleza.
 Ella para no caer
 (Que pienso que si cayera
 Se lastimara en los troncos
 De aquella intrincada selva),
 Echóle el derecho brazo
 Al cuello; y desta manera
 Se me perdieron de vista;
 Que llevaba Tello espuelas.
 Y aunque era entonces Pegaso
 El rocín, yo le siguiera
 Con ansia de ver a Juana,
 Porque amor y celos vuelan;
 Pero Tello me decía:
 "Mendo, quédate o te asienta;
 Mira que te cansarás."
 Entendile y di la vuelta.
 Laura.—Desto ¿qué dirás, Señor?
 Tello el viejo.—Que, como sabe la tierra,
 Tello buscaría el atajo.
 Mendo.—Y es muy discreta respuesta;

Que no hay atajo en el mundo,
Laura, que más fácil sea,
Que llevarse una mujer
Adonde jamás parezca.
Con esta se ahorra un hombre
De requiebros y promesas,
Y de andar como en los pleitos
En demandas y en respuestas.
Si es el fin el matrimonio,
Y el fin los sucesos prueba,
¡Bien haya amén el concierto
Que no aguardó la sentencia!

ESCENA XVI

TELLO, LA INFANTA.—Dichos

Tello.—Llega, y besarás la mano
A mi Señor.

Infanta.—Con vergüenza
De Laura llego.

Inés.—Estos son.

Tello el viejo.—¡Vive Dios, que te quisiera,
Mendo, con esta cayada
Hacer cuatro la cabeza!
¿Ves cómo por el atajo
Vino?

Mendo.—Y es cosa muy cierta;
Pero no le hay sin trabajo.
Más yo me huelgo que venga...
(Ap. Porque me vuelva mis joyas.)

Tello.—Juana la mano te besa
Por la merced que le has hecho.

Infanta.—Señor, cuando yo ofendiera
A mi señora, era justo
Que castigara mi ofensa;
Pero no, estando inocente.

Laura.—Sí, si la misma inocencia,
Y aun con esas humildades,
Se sale con cuanto intenta.

Infanta.—Señora, yo no quería
Volver; Tello me hizo fuerza.

Mendo. (Ap a Inés.)—¿A fuerza ha llegado el caso?

Para bien las bodas sean.

Inés.—Calla, malicioso, y mira
Que es Juana mujer honesta.

Mendo.—¿Quítole su honestidad?
Tello se quedó con ella.

Tello el viejo.—Ahora bien, Laura, por mí
(Si es justo que lo merezca)
Habéis de hacer amistad.

Laura.—¿No basta que tú lo quieras?

Tello el viejo.—Juana, abraza a tu señora;
Y porque de hoy más no tengas
Celos, casemos a Juana

Tello.—No habrá cosa con que pueda
Estar Laura más segura.
Mendo su marido sea.

Mendo.—Antes de ir por el atajo
Al mismo Rey no la dieras,
Y ¡a mí me la das agora!
No sé, por Dios, si la quiera.—
Mas será envite de falso.

Tello.—No, Mendo, por Dios; que della
Sé que agradece tu amor.

Mendo.—¿Es verdad, Juana?

Juana.—No tengas
Duda de mi amor.

Mendo.—Agora
Digo que los celos ciegan.—
Mira, Tello, no te espantes
De que yo a Juana no crea;
Que como en aquel rocín
Diste tan larga carrera,
Venir a parar en mí
No ha sido poca destreza.

Tello el viejo.—Ahora bien, yo doy en dote
A Juana cincuenta ovejas,
Dos vacas, cuatro lechones,
Y de trigo veinte hanegas;
Y a Mendo doy una vara,
Pues soy señor desta tierra.

Mendo.—No me des, Señor, oficio,
Que si no prendo me pierda
(Pues es efeto es prender),
Y si prendo me aborrezcan.

Tello el viejo.—Ahora bien, trazad la boda.

Inés. (*Ap a Laura.*)—Con esto segura quedas.

Laura.—Juana, una sartén te mando
Y una cama de red nueva.

Tello (*Ap. á la Infanta*):

¡Ay, Juana, que aun que es de burlas,
Siento el casarte de veras!

(*Vanse los Tellos, la Infanta y Laura.*)

ESCENA XVII

MENDO, INES

Inés.—¿Parécete, Mendo, bien
De la suerte que me dejas?

Mendo.—Inés, cuando de casarme
Te resulte alguna ofensa,
No quieras mayor venganza.

Inés.—Todos sois desa manera;
Pero todos os casais.

Mendo.—Inés, el casarse es fuerza.

Inés.—Pues ¿cómo os quejais después?

Mendo.—No todos después se quejan;

Que muchos aciertan mucho,
Y otros por su culpa yerran.

No está la paz en castigos,
Que deshonoran, no remedian,

Sino en no querer los hombres
Volar por casas ajenas.

Regalos guardan lealtad;

Debida correspondencia

En la mesa y en la cama

Hacen las mujeres buenas.

Inés.—Bravo casado serás.

Mendo.—No quiera Dios que tal sea.

Inés.—Pues ¿qué? ¿Manso?

Mendo.—Peor, Inés;

Sino que quiera y me quieran,

Y que alcance a nuestros hijos

La bendición de la Iglesia. (*Vase.*)

Vista exterior de la casa de los Tellos

ESCENA XVIII

TELLO EL VIEJO, SANCHO

Tello el viejo.—Esos, Sancho, no es posible
Que sepan que soy señor.

Sancho.—Excusarse del rigor
Parece cosa imposible.

Tello el viejo.—Otro parece que estoy
Después que tengo el gobierno.

Sancho.—Tierno me pareces.

Tello el viejo.—¿Tierno?

Verás que castigos doy.

Sancho.—Tampoco has de ser cruel.

Tello el viejo.—Ya sé yo que la balanza

Nos enseña la templanza

Que hay del cuchillo al cordel.

ESCENA XIX

MENDO, *con vara de alguacil, Villanos.*—*Dichos.*

Mendo.—No se puede imaginar

La ventura que he tenido.

Tello el viejo.—Pues, Mendo, ¿qué ha sucedido?

Mendo.—No acababa de tomar

La vara que veis aquí,

Cuando dicen que el Rey viene.

Tello el viejo.—¿El Rey?

Mendo.—Y el que solo tiene

Jurisdiccion sobre mi.

Tello el viejo.—Pues di, ¿quién te dijo á tí

Que el Rey al monte venia?

Mendo.—Quien le vió cazar.

Tello el viejo.—Sería

Cerca de Leon, no aquí.

Mendo.—¿No aquí? Pues ese ruido

¿Qué piensas que puede ser?

Sancho.—Ya comienza á anochecer,

Y debe de haber venido

Con ánimo de que seas

Su huésped.

Tello el viejo.—Turbado estoy.—
Mendo, á recibirle voy (Vase.)

ESCENA XX

MENDO, SANCHO, Villanos

Mendo.—¡Hola, Sancho! enciendan teas
Por cuantas peñas y partes
Tiene este monte, que son
Desta humilde habitacion
Los muros y baluartes.—
Vos á buscar frutas frescas.—
Tú di á Juana que no salga;
(A un villano): Porque aquesta gente hidalga
Se muere por villanescas;
Y ella, por lo remilgado,
Les hará conversación.
Sancho.—Parte seguro: ellos son.
Todo se alborota el prado. (Vanse.)
Sala en casa de los Tellos.

ESCENA XXI

EL REY, DON RAMIRO, LOS TELLOS, Criados, Villanos

Tello el viejo.—¿Cuándo, Señor, Merecí
Tanto honor?

Rey.—A conoceros,
Tello, he venido, y a veros,
Pues vos no me veis a mí.
Vuestro hijo ¿dónde está?

Tello.—A vuestros pies, gran Señor.

Rey.—¿Sabéis que es mi alcaide?

Tello el viejo.—Honor

Tan grande otro ser le da
De aquel que tiene de mí.

Rey.—¿No tenéis más?

Tello el viejo.—Hanse muerto;
Y estuvieron en lo cierto
Que para Tello hay aquí,

Y para tantos no había.

Rey.—¿No le casáis?

Tello el viejo.—Aquí tengo

Una sobrina...

Rey.—Si vengo

A tiempo, servir querría

De padrino a mis parientes.

Tello el viejo.—Templad, Señor, los favores;

Que reyes y labradores

Son extremos diferentes.

Rey.—¡Oh, qué envidia, Tello, os tengo!

Tello el viejo.—Señor, por acá se pasa

Pobremente.

Rey.—A vuestra casa

Más pobre que nunca vengo.

Tello el viejo.—Pues no lo saldréis de aquí;

Que toda os la llevaréis.

ESCENA XXII

LAURA.—*Dichos*

Laura.—Aquí, gran Señor, teneis,

Para que os sirvais de mí,

Vuestra pobre labradora.

Rey.—¿Es vuestra sobrina?

Tello el viejo.—Laura,

Señor, mi casa restaura,

Si vos la casáis agora.

ESCENA XXIII

MENMO, SANCHO.—*Dichos*

Rey.—Mucho me alegro de veros.

Sancho (*Ap. á Mendo.*)—Arrima luego la vara.

Mendo.—¿Yo? ¿Por qué?

Sancho.—Porque está el Rey

Presente.

Mendo.—No es de importancia.

Sancho.—¿Cómo no?

Mendo.—Si un capitán,
 De la guerra ó de las armas
 Viene á ver y hablar al Rey,
 Sancho, ¿quítase la espada?
 Sancho.—No, Mendo.
 Mendo.—Pues ¿qué mas tiene?
 Sancho.—Necio, ¿no ves que es la causa
 Porque representa al Rey,
 Que es justicia soberana,
 Y no hay otra en su presencia?
 Mendo.—¿Que una cosa tan delgada,
 Sancho, represente al Rey!
 Sancho.—En eso, Mendo, declara
 Que no ha de tenerla adonde
 Pueda estar cosa contraria.
 Mendo.—Después que eres escribano,
 Sancho, á lo de corte hablas.
 Sancho.—Y tú ¿no piensas mudar
 El ingenio y las palabras?
 Mendo.—No sé, por Dios. Mas ya ponen
 La mesa: arrimo la vara
 Por pescar alguna cosa;
 Que no porque es de importancia.

ESCENA XXIV

*Unos villanos sacan la mesa, y salen los músicos.—Dichos
 (Hay en la mesa una tortilla de huevos y un poco de manjar blanco,
 y en la tortilla de huevos una sortija.)*

Tello.—Ya está prevenido todo.
 Rey.—Tello será maestra sala.
 Tello.—Turbareme, gran Señor.
 Mendo.—El manda como en su casa.
 Rey.—¿Quiés sois vos?
 Mendo.—El alguacil.
 Rey.—¿Quereis algo?
 Mendo.—Los que tratan
 De la salud, comer mucho,
 Aunque tengan buena gana,
 Dicen que es delito; y vengo
 A ver si en tanta abundancia

- Puedo pescar cualque cosa.
 Rey.—Buen labrador...
 Tello el viejo.—Es la gracia
 De todo el monte.
 Mendo.—Y la hambre.
 Rey.—Tomad.
 Mendo.—¿Por cuánto faltara
 Manjar blanco?
(Dale el Rey el plato de manjar blanco.)
 Pareceis
 Príncipe que come en farsa.
(Cantan los músicos.)
 Rey.—¿Tortilla de huevos? Bueno.
 El gusto me adivinaba
 Quien este cuidado tuvo.
 ¿Fuiste tú Ramiro?* (1)
 Ramiro.—En casa*
 Que á nadie conozco, fuera*
 Prevencion muy excusada,*
 No, Señor, no he sido yo.*
(Va el Rey a comer y topa con la sortija en los dientes.)
 Mendo.—Traigan luego vino y agua;
 Que ha topado alguna piedra.
 Tello el viejo.—¿Piedra, Señor? ;Cosa extraña!
 Rey.—Esta sortija conozco.
 Tello el viejo.—¿Entre los huevos estaba
 Sortija?
 Rey.—Y sortija mia.
 Mendo.—Pues ¿deso poco se espanta?
 En una morcilla un dia*
 Hallé yo toda una sarta*
 De cuentas, que parecian*
 Dentro piñones y pasas.*
 Rey.—¿Quién hizo aquesta tortilla?
 Tello el viejo.—¿Quién guisó estos huevos, Laura?
 Laura.—Juana, Señor, los guisó.
 Rey.—¿Quién es Juana?
 Tello el viejo.—Llama á Juana.
 Mendo.—A prender á Juana voy.
 Sancho.—¿Por qué?

(1) Los versos señalados con asterisco se hallan en las ediciones modernas y faltan en la antigua (tomo XXI de Lope), la cual contiene muchos trozos que fueron omitidos en las posteriores.

Mendo.—Por tortillas falsas,
 Y porque quebró las muelas
 A un rey de tanta importan
 (*Ap.* Esta vez cobro mis joya
 ¡Oh ladrona, que le echabas
 Piedras al Rey en los huevos,
 Como á bestia en la cebada!

Rey.—(*Ap.* Cielo, ¿quién imaginara
 Que yo viniera á tener
 Tanta pena en esta casa?)
 Esta sortija es de Elvira. (*A Ramo*

Tello (*Ap. á su padre.*)—Señor, hoy prenden
 A Juana, si por ventura
 Piensan que veneno daba
 Al Rey en esta sortija.

Tello el viejo.—¡Veneno! Infame criada.

ESCENA XXV

MENDO, trayendo a la INFANTA, toda turbada y tapándose la cara.—*Dichos*

Mendo.—Por fuerza habeis de salir.
 Infanta.—Déjame, por Dios.
 Tello el viejo.—Villana
 De Zamora, ó del infierno,
 ¿Qué es esto que al Rey le dabas?

Rey.—Tello, dejádmela ver.
 Tello el viejo.—¿Para qué encubras la cara?
 Quita las manos.

Rey.—¡Qué veo!
 Ya se me enternece el alma.—
 ¿Eres tú, Elvira? Eres tú,
 Hija, que de mis entrañas
 Fuiste cuchillo en tu muerte?

Tello el viejo.—¿Cosa que fuese la Infanta!

Tello.—¡Ay, padre! si lo es soy muerto.

Rey.—Elvira, á tu padre abraza,
 Y agora venga la muerte.

Mendo.—(*Ap.* Agora es cuando me manda
 Freir en aceite el Rey.)
 ¡Ah Juana! si eres Infanta,

struécame aquel cordel;

yo te daré la caja.

—Tuyas serán todas, Mendo.

Viejo.—Señor, toda nuestra casa

dona; que no supimos

quién era.

—Quise casarla

A su disgusto, y agora,

Tello, la doy la palabra

Que solo á su gusto sea.

Infanta.—Sí será; que estoy casada.

Rey.—¿Casada? ¿Con quién?

Infanta.—Con Tello,

A quien tu pariente llamas.

Rey.—Si no te hubieras casado,

Elvira, yo te casara;

Porque no pudiera darle

Deste servicio otra paga.

Dáos las manos.

Tello.—Bien merece

Mi amor, mi fe, mi esperanza

Este premio.

Tello el viejo.—No prosigas;

Porque aquí la historia acaba (1)

De *Los Tellos de Meneses*,

Godos de la antigua España.

(1) Así concluye la comedia en el tomo XXI de las de Lope; lo que prueba que cuando la escribió, no pensaba en segunda parte: las ediciones modernas tienen este fin:

...Aquí la historia acaba
De los Tellos de Meneses,
Godos de la antigua España,
Hasta la segunda parte,
Que refiera sus hazañas.





